

Diez años

Hace diez años salía el primer número de esta CORRESPONDENCIA. Continuábamos con ello un espacio de relación, discusión y reflexión, entre gente afín, en un momento de recesión de una actividad colectiva y crítica (lejos había quedado ya la euforia de los 70), en el tiempo que ahora viene llamándose el final de la Transición.

Dejaremos para otro momento pensar de nuevo sobre ese periodo, para intentar averiguar qué fue, qué paso, más allá de la leyenda. Pensar cómo y por qué concluyó de la manera que conocemos, a través de qué pactos políticos, económicos, nacionales, internacionales... fue cuajándose este final 1982 (subida del PSOE al poder) conocido. Cómo todo aquel bullir de ideas, de un pensamiento abierto y crítico en los niveles más diversos –de lo personal a lo colectivo, en el ámbito de las costumbres, de la creación..., cómo aquel movimiento social que se expresaba en asambleas y, en parte, contra sindicatos y partidos, a finales del franquismo; cómo todo esto se fue concertando para llegar a ese 82 socialista que trató todo lo que estuviera a su izquierda como cuestión de orden público, y favoreció un pensamiento reaccionario que propició la pasividad a todos los niveles.

ETCETERA nacía como una expresión más de aquella actividad en el momento que ésta languidecía. Actividad referida a un pensamiento, a una crítica radical de la sociedad capitalista. Se trataba de afirmar un punto de vista global y dialéctico, más allá de ismos, incorporando cualquier aportación crítica que nos ayudara a mejor entender la sociedad y combatirla; entre las certezas y las dudas, entre las convicciones y los prejuicios, entre la comprensión y la intolerancia

Mantenemos e intercambiamos esta CORRESPONDENCIA sobre la guerra social intentando entender cómo ésta se desarrolla, en qué paisaje, con qué características... Comprender también la lógica o las lógicas que explican la reproducción de nuestra sociedad capitalista (quizás hemos insistido especialmente en la lógica de la acumulación, no por minusvalorar otras, sino simplemente porque las conocíamos menos y porque ésta nos parecía central) y las posibilidades de su superación histórica, más allá de modas (la continua y cambiante aparición de sujetos revolucionarios, adiós al proletariado, etc...) y de tópicos (el comunismo ha muerto, etc...)

Creemos haber comprendido, hablando en su contra, qué es y qué papel juega en la reproducción de la sociedad actual, el sindicalismo, el nacionalismo, la democracia, los mass-media, la ideología actualmente en boga de la aceptación de lo que hay como único posible.

Hemos dedicado el mayor esfuerzo de documentación y de análisis a la comprensión de los aspectos que nos han parecido nodales: el proceso de trabajo, su organización, las nuevas tecnologías, el trabajo mismo, y las luchas que todo ello comporta, al nivel más próximo o más lejano.

Por otra parte, este tiempo, también nos ha servido para seguir experimentando el trabajo en equipo, el hacer colectivo, con todos sus logros, dificultades, engaños... sobre los que hemos reflexionado y discutido, hasta constatar hoy la dificultad de este trabajo, enfrentados como estamos a la inercia de la única forma de actividad que se ha impuesto: la individual e interesada.

No se trata aquí de hacer una revisión de nuestras convicciones y de los conceptos fuertes que nos servían para situarnos y entender nuestra sociedad; en parte, porque esto queda ya reflejado a lo largo de los números publicados y, en parte, porque no es nuestro propósito el sumarnos a la actual pseudo-revisión de todo un pasado crítico (“Marx ha muerto”, “la sociedad actual es la única posible”...).

No, no creemos habernos equivocado en el análisis y en la comprensión de lo fundamental de la sociedad actual, ni son menores hoy las razones de nuestro rechazo. Pensamos que el sistema que

hemos descrito y criticado es tal cual lo hemos percibido y que hoy es, si cabe, más infame: el carácter fetichista de la mercancía descrito, entre otros, por Marx, da razón del actual modo de vida y de civilización capitalista, del que creemos haber entendido su funcionamiento a nivel económico, político, técnico, de proceso de trabajo, cultural, simbólico... Pensamos que, en lo fundamental, su crítica está hecha.

Pero, así como nuestro desarrollo analítico nos sigue siendo válido para entender lo que pasa, la imposibilidad de romper el cerco que aprisiona nuestras vidas, nuestra actividad, hace que nos sintamos cada vez más extraños a nosotros mismos y al entorno que nos rodea. Esa escisión cada día mayor entre el pensar y el hacer, entre el deseo y su posibilidad de realización, entre el rechazo del orden que mueve el mundo y la necesidad de hacernos un espacio en él –sabiendo que, en el mejor de los casos, se trata sólo de sobrevivir– favorece esta enajenación.

La dificultad de encontrar entre nosotros un espacio donde la actividad de cada uno se aúne a la de otros acrecentando un trabajo común, hace que, con el tiempo, a menudo impere la inercia, el encuentro rutinario –que favorece la división del trabajo y la especialización– que sirve más de freno o desaliento que de acicate. Como experiencia concreta nuestra, nos sentíamos inmersos en una tendencia que aunaba los esfuerzos y podía incidir alrededor posibilitando un cambio en el sentido que se deseaba. Ahora impera la idea de que es inútil resistirse al devenir de los acontecimientos, coaccionándonos a la implicación. Vivimos inmersos en esa contradicción.

Tenemos en cuenta el aspecto biográfico del grupo y de cada uno. La constatación de lo poco que hemos modificado nuestro entorno más inmediato y que las cosas, en general, han ido justo al revés de la dirección en que habíamos apostado. La distancia entre lo pretendido y lo acontecido es tal que de una mera constatación cuantitativa, o de grado, pasa a ser algo cualitativo introduciendo un nuevo elemento que modifica nuestro análisis y nuestras expectativas. Sensación pues entre fracaso y extrañeza: sobrar, quedar al margen y esto precisamente en el momento de vida menos marginal de cada uno de nosotros. Antes, más al margen, más jóvenes, lo colectivo se afirmaba no como tal marginalidad sino como cambio radical posible. Hoy, más normalizados, la distancia entre las expectativas vividas al margen y el cambio radical es mayor y por tanto mayor nuestra sensación de extraños. A esta sensación hay que añadir la más próxima: presencia de la entropía, constatación del precio que se cobra la vida para sonreírte, permanencia de los conflictos originarios...

El haber mantenido durante bastantes años una práctica personal, desmarcada dentro de lo posible de la ética y las relaciones sociales en boga, la pérdida o criba natural de amistades, el aislamiento o deterioro laboral, el desinterés, pasividad o ironía ante posibles mejoras económicas, etc., ha ido desencadenando diferentes actitudes que pueden ir desde el pensar que las cosas reales no son tan malas como las habíamos pintado (adecuación de una realidad virtual a las propias necesidades), hasta un progresivo escepticismo acerca de la oportunidad de la intervención del sujeto humano en la historia, pasando por la gradual aceptación de aspectos de la oferta de felicidad que vende, a su debido precio, el sistema actual. Esta sutil aceptación, que no siempre implica necesariamente una consciente y explícita renuncia a la resistencia –por el momento casi única actitud paradójica de supervivencia–, a menudo no es más que una forma instintiva de defensa psíquica personal: la búsqueda de la cohesión interna.

Hemos intentado racionalizar, analizar, ser objetivos en la comprensión de las relaciones y conflictos sociales, explicarlos, y con este esfuerzo, a veces previo, otras veces simultáneo a la acción, hemos querido modificar aquella trayectoria histórica. Entre nosotros ha sido frecuente el generalizar, universalizar nuestra interpretación personal de los hechos. Esta transferencia de lo personal a lo colectivo, ¿no muestra a menudo la impotencia del ser humano en resolver cuestiones que van más allá de nuestra experiencia personal de las relaciones sociales? Treinta personas en lucha en un barrio, no es lo mismo exactamente que un barrio en lucha. Diez trabajadores que logran en asamblea el consenso mayoritario para detener la producción en una fábrica, puede ser una

voluntaria y consciente decisión ante personas con actitudes firmes, persuasivas y convincentes. Evidentemente, los medios audiovisuales actuales son más persuasivos y convincentes a pesar de que sus argumentos sean banales y estén de lleno incluidos en el marco del espectáculo. Pero el hecho de que el espectáculo sea más convincente que la razón —o que las razones— desvela la enorme fragilidad del ser humano, máxime en lo que concierne a una de sus características fundamentales como es la capacidad crítica y su consecuente ejercicio. Jamás las manifestaciones del capital habían llegado al grado de tiranía y dominio en casi todos los ámbitos que ahora han alcanzado; probablemente tampoco habría podido obtener, por los medios que sabemos, su imposición con tan alto grado de aceptación.

Pero, como ya hemos dicho, no se trata de una sensación de error. Lo que sí anotamos es un cierto distanciamiento, cada vez mayor, de algunos conceptos, de algunos paradigmas interpretativos que hoy nos merecen menos crédito. No se trata de algo brusco, al estilo del converso a uno u otro credo, sino de un distanciamiento que va cobrando fuerza. Anotamos a continuación alguno de estos distanciamientos: el sentido de la crítica hoy, el concepto de progreso...

¿Tiene sentido la crítica hoy?

Estos diez últimos años han sido ricos en acontecimientos, hasta el punto de que cabe decir que se ha producido una aceleración histórica con el consiguiente cambio en la fisonomía del mundo. No se trata solamente del desmoronamiento del bloque soviético, cuya bancarrota ideológica ya fuera denunciada en el periodo de entreguerras por los comunistas de izquierda, sino también del afloramiento de las contradicciones estructurales del sistema capitalista. Se asume el estado de crisis como la normalidad del sistema. A partir de ahí, se genera un consenso basado en el miedo, la inseguridad y la paranoia frente a la miseria y el desempleo, la agresividad de los desfavorecidos o la invasión de los excluidos. Además este consenso se articula en un discurso abrumador que, revestido de las formas del totalitarismo democrático, se vehicula a través de unos medios de difusión sin precedentes.

En estas circunstancias nos interrogamos dentro de ETCETERA acerca de las posibilidades de hacer una crítica radical y de su sentido, contenidos y perspectivas.

En la tradición histórica de la izquierda, la orientación crítica apuntaba hacia el desvelamiento de las verdades ocultas tras la “apariencia engañosa de las cosas” (Marx). La función de la crítica era pues revelar la verdad subyacente a las realidades (económicas, sociales, etc.), inmediatas. De este modo, se advenía a la “conciencia verdadera” o conocimiento real del mundo. Y esta toma de conciencia (de clase) comportaba para nuestros críticos del siglo pasado un elemento inseparable del movimiento de transformación de las relaciones sociales. Tener conciencia se hace sinónimo de capacidad (potencial) de transformación. El discurso adquiere así una dimensión catártica, como catalizador de la emancipación de los explotados. Y aquí hallamos otra de las premisas basilares del discurso crítico: el rechazo de la explotación y la sumisión.

Sin embargo, en la actualidad, el sistema capitalista configura un discurso explícito y obscenamente transparente. Incluso el argumento de la crisis se aduce para legitimar el consenso y la aceptación de medidas restrictivas sobre las condiciones socioeconómicas de la población asalariada. No se cuestiona el beneficio, ni la lógica del mercado, ni los principios de dominación que rigen en las relaciones entre las personas, etc. La llamada reconversión industrial ha sido gestionada por la Administración socialista sobre la base de la corresponsabilización de los sindicatos y de la mayor parte de los trabajadores.

¿Quiere esto decir que no existe un rechazo a la explotación y la sumisión a la lógica de la dominación? Quizás lo que indique es que existen grados y que las sociedades capitalistas desarrolladas se han constituido como sociedades basadas en la gestión (tecnocracia) y transacción de intereses y que, a fin de cuentas, es en función de intereses que se opta por la “servidumbre

voluntaria”; una noción que es preciso tener en cuenta a la hora de enjuiciar nuestra realidad. No hay engaño. Sería consolador, pero sólo comportaría una manifestación más de la impotencia. A la población asalariada no nos han arrebatado los gestores de la crisis los logros de las luchas reivindicativas de las pasadas décadas. Se ha renunciado a ellos conscientemente, progresivamente, a cambio de una supuesta seguridad y porque tirar para adelante suponía abocar a la quiebra a las empresas y, en definitiva, cuestionar nuestra propia condición asalariada. Y claro, quien más quien menos tiene hijos, letras que pagar, satisfacciones concretas e inmediatas que obtener, de la única forma posible; es decir, en el supermercado. De ahí que los pactos los firmaran los sindicatos, pero los asumieramos todos. La conciencia (de clase) en este caso sirvió para afirmarse en la identidad proletaria dependiente de las relaciones asalariadas. Entre la apuesta sobre el vacío de continuar las luchas, y la servidumbre voluntaria de garantizar un determinado poder adquisitivo sin cuestionar la condición asalariada, escogimos esto último.

La teoría crítica es deudora del logos de la Ilustración, Es decir, privilegia el discurso lógico y el afán de racionalidad –desvelar las leyes y tendencias del movimiento de la realidad– como aspectos prevalentes en el proceso de humanización de los seres humanos. La euforia racionalista que enlaza verdad, razón y realidad también parece haber entrado en bancarrota. De hecho vivimos en una forma específica de racionalidad: la producción de mercancías, que lleva, en última instancia, a la centralidad del dinero como forma social por excelencia. En nuestra vida cotidiana existen otros factores que prevalecen sobre la indagación analítica. La importancia que reviste la tecnología de la comunicación en las sociedades desarrolladas es una buena prueba de ello. La teoría crítica interpela acerca de la sociedad existente y de uno mismo en ella al tiempo que insinúa la posibilidad de transformarla y transformarnos.

La perspectiva crítica surge, pues, de un proceso de reflexión; o sea, de la puesta en juego de la componente racional de los individuos. Por contra, en las sociedades mediáticas (dominadas por los mass-media) la función reflexiva se atenúa hasta sus mínimas expresiones, nos movemos por reflejos condicionados bajo los impulsos de las imágenes y del discurso transmitido por los medios audiovisuales. Lo prevalente aquí es la emoción, el movimiento instantáneo de los sentimientos que contribuyen de ese modo a elevar los índices de audiencia y a incrementar, consecuentemente, el valor de cambio de la imagen, noticia, crimen, aberración, etc., dentro del mercado audiovisual. Pensar comporta un riesgo, un cuestionamiento de la realidad existente y una indagación siempre conflictiva. Por contra, la relación mediática induce una experiencia no problemática, solamente nos exige dar rienda suelta a nuestros sentimientos frente a las imágenes programadas. No es una relación liberadora, pero como nos hallamos en la era de los sucedáneos, tampoco pedimos más; nos basta con el desahogo. Mientras el reto de la teoría crítica nos emplaza a la auto-responsabilización sobre las condiciones de nuestra existencia, la relación mediática nos invita a la irresponsabilización, o sea, a llevar hasta sus últimas consecuencias el principio de delegación que fundamenta la dominación democrática. Quizás nos encontremos un nuevo paradigma o, al menos, ante el fiasco del paradigma de la Ilustración y de su corolario, la teoría crítica.

De la experiencia crítica sólo nos queda la memoria del fracaso. El fracaso de los intentos revolucionarios (desde la Comuna parisina a Mayo del 37 en Barcelona, pasando por Kronstadt o las repúblicas consejistas de 1918-19 en Alemania), y la frustración de haber sucumbido ante las expresiones doctrinarias de la emancipación (marxismo y anarquismo en todas sus variantes). De hecho, la historia del cuestionamiento del capitalismo ha estado presidida por el equívoco y la tergiversación que supone la suplantación de la crítica por las doctrinas ideológicas adobadas de un lenguaje aparentemente heredado de la tradición crítica. Así, estos discursos (leninistas, estalinistas, trotskystas, maoístas), en tanto formas perversas de teorización de la realidad, indujeron formas perversas de intervención sobre el mundo (experiencias soviética y china) o, en el caso del anarquismo, su incapacidad para resolver en la práctica la “cuestión social”, derivando en la

perplejidad (los anarquistas obligados por las circunstancias a participar en el Estado Republicano). Existen tres niveles, que parecen irreconciliables, entre la teorización crítica del capitalismo, su formulación como discurso programático (político) y la experimentación del mismo (ensayos revolucionarios).

De hecho, la teoría crítica se encuentra atrapada entre la rémora del fracaso (experiencias fallidas del pasado) y la apuesta de vacío que supone la proyección crítica y su profundización en el presente; es decir, la negación de una realidad que nos impone la negación de nosotros mismos como proletarios, consumidores, ciudadanos... La opción crítica es, a fin de cuentas, una decisión de vivir la tensión dramática que supone negar aquello que nos constituye. Es una apuesta dramática, o trágica, según las circunstancias.

Con todo, una de las razones del fracaso de la crítica hay que cifrarla en su conversión en creencia. Las formas en que se expresara (comunismo, anarquismo) no será sino la réplica secularizada del ideal que alentara las religiones; a saber, que es posible conseguir la armonía y la convivencialidad perfecta (¿perdida?) sobre la tierra. Si es así, tal constatación nos llevaría a preguntarnos acerca de la pertenencia del ideal –o del principio esperanza– como elemento motor en la acción transformadora. En cierto modo, la teorización marxiana venía a conferir una fundamentación racional –a partir del análisis de la realidad objetiva– a la aspiración igualitaria. Sin embargo, vemos que en la actualidad tal formulación no se ajusta al sentir ni al discurrir de las gentes. ¿Significa eso que hay que renunciar a esa aspiración transformadora en un sentido igualitario o que hay que realizar una reorientación ética hacia un tipo de acción desesperanzada, limitada a una moral de la resistencia y la autodefensa más que a los grandes proyectos transformadores?

También podría ser que la inoperatividad de la crítica, como revulsivo de las conciencias, obedezca a la imposibilidad práctica de elaborar un discurso crítico que delimite un espacio conceptual y epistemológico, así como una metodología de análisis radicalmente distinta de las expresiones ideológicas dominantes. En los momentos que se elaboran los fundamentos de la crítica marxiana, el sistema capitalista podía delimitarse formalmente en torno a dos categorías sociológicas (clase burguesa, clase obrera); así, el Capital aparecía como una relación social definida en base a la polaridad existente entre dos clases. Sin embargo, esa relación social que denominamos Capital ha ido evolucionando, se ha ido complejizando de modo que la aproximación analítica con el instrumental teórico heredado del pasado se hace más problemática.

Las formaciones sociales del capitalismo tardío no responden al modelo que fuera el punto de arranque de la crítica marxiana. De ahí que sea detectable una limitación del pensamiento crítico en cuanto a su validez en todos los niveles de análisis de las sociedades capitalistas desarrolladas. Así, lo que se presentara como crítica real y objetiva (y verdadera) de la realidad capitalista, se nos revela actualmente como un nudo de paradojas.

La crítica se realiza en la crisis. El hecho mismo de la crisis es la materialización de la crítica. Podemos observar la extensión de la proletarización y la consiguiente autonomización del capital como lógica del sistema a la que se atienen las voluntades de las personas en todos los ámbitos de la jerarquía social. La crisis de beneficios, por otro lado, parece confirmar la caída tendencial de la tasa de beneficio, etc. Es decir, en un nivel de teorización, la validez del enfoque crítico marxiano aún parece vigente. Sin embargo, entre la verificación de las grandes tendencias de los análisis macrosociales y la dinámica de los acontecimientos microsociales, parece no existir correspondencia alguna. Y aún más, no existe ni siquiera en el plano teórico una formulación convincente que dé cuenta de la conexión (o desviación) existente entre la constatación de las condiciones objetivas (crisis tendencial del sistema) y sus repercusiones sobre las condiciones subjetivas (voluntad de transformación y de cambio social). Aquí radica uno de los vacíos teóricos del pensamiento crítico, que la noción de praxis tampoco consiguiera colmar.

Dicho de otro modo, la contradicción inherente a la relación social basada en el trabajo asalariado es

sólo una formulación verificable en un cierto nivel de análisis, ya que en otros niveles del sistema (o subsistemas, si se prefiere) se nos presenta como conflictiva (un conflicto de intereses). Esta versatilidad no afecta solamente al pensamiento crítico, sino que se hace extensible a las formas del pensamiento dominante. La propia irresolución del sistema capitalista, que ni ha sido abolido, ni es capaz de erigirse en proyecto de futuro manteniendo el ritmo expansivo de otras fases de desarrollo, hace que aparezca como una realidad paradójica. Si la contradicción reconocida como tal generaba ideas, consignas, proyectos; la paradoja induce la perplejidad y el colapso de la imaginación. El pensamiento crítico aparece realizado e irrelevante, y las formas de la ideología dominante, agotadas; de ahí la vuelta a sus formas precedentes, a la Edad de Oro (neoliberalismo, neokeynesianismo, etc.).

El concepto de PROGRESO

Nos hemos distanciado también de una cierta idea de progreso, ligada al desarrollo de las fuerzas productivas (al desarrollo de la economía), y de una visión de la historia acumulativa, universal y finalista.

No es que partiéramos del determinismo económico que propagó el marxismo según el cual el desarrollo de las fuerzas productivas traería el comunismo, o según el cual sería ineluctable y, por tanto, progresista, la etapa capitalista. Ya con Marx vimos que ello dependía también de la acción de los hombres y que, dadas unas circunstancias determinadas, el paso capitalista podía ser obviado (correspondencia con Mikhailovski acerca de Rusia). Y también anotamos, esta vez en su contra, su concepción teleológica (finalista) de la historia, lógico tributo como hombre de su tiempo, ilustrado. El estudio de algunas sociedades primitivas (en las que se daba actividad humana en lugar de trabajo, donación en lugar de cambio...), (Sahlins); el estudio de la revolución neolítica (Levi Strauss, Clastres), nos hacía relativizar ya la idea de progreso y la concepción acumulativa de la historia. Esta crítica ha ido tomando fuerza y ahora prima. La historia sólo a veces es acumulativa, el progreso no es continuo. Las fuerzas productivas no sólo se convierten, en un momento dado, en fuerzas destructivas, sino que son también (al mismo tiempo) fuerzas destructivas.

Hoy lo que constatamos es la primacía de estas fuerzas destructivas (en las relaciones entre los hombres y las de éstos con la Naturaleza). Si, en la posguerra y hasta finales de los 60, el capitalismo en auge económico podía ir acompañado de una ideología progresista y de una actividad reformista, hoy nada de esto tiene cabida, hoy no caben la negociación y la reforma; el reformismo es hoy utópico. Hoy constatamos simplemente lo que es la esencia de esta relación social capitalista basada en la producción de objetos, no para su uso, sino para ser vendidos en tanto que mercancías, transmutando las relaciones entre hombres en relaciones entre cosas. Esta relación social basada en la forma mercancía se ha ido extendiendo, generalizando pues esta cosificación o enajenación que hoy constatamos.

No se trata, con esto, de afirmar ahora un progresismo al revés (la progresión de la enajenación) dentro aún de las ideas del universalismo ilustrado y de las verdades totales y finales de las que decíamos habernos más o menos alejado. Como tampoco se trata de sumarnos al decrepito —y hoy aquí, en España, cínico— “cualquier tiempo pasado fue mejor”.

Precisamente lo que hoy también constatamos son los límites de esta tendencia del Capital de convertir el mundo en mercancía, de convertir cualquier actividad en trabajo asalariado, de convertir cualquier objeto en mercancía... esta tendencia del capital de homogeneizar todo lo que toca, tendencia, en definitiva, de mundialización del capital o capitalización del mundo. Vemos que después de 200 años de desarrollo de la forma mercancía gran parte del planeta está expoliado por el capital pero no capitalizado (es decir, explotado desde el punto de vista capitalista: proletarización, urbanización...) porque no ha podido desarrollar su tendencia homogeneizadora, y vemos también, en la parte sí capitalizada, que tampoco lo ha logrado porque constatamos la persistencia de lo

diverso, la persistencia de la heterogeneidad.

Quizás la explicación de la no resolución total de esta tendencia homogeneizadora (tendencia de muerte) esté en la resistencia autónoma a la dominación y en la misma contradictoriedad, y no linealidad, de la Forma mercancía, es decir en el hecho que en el mismo trabajo asalariado subsiste actividad humana, o que, por ejemplo, en la producción mercantil de objetos haya también creación, en definitiva en el hecho de que en el valor de cambio hay también valor de uso.

Quizás nuestra sensación hoy, mas allá de un progresismo ingenuo (iluso) o de un pesimismo acrítico, es que el progreso se da, quizás a saltos, pero que no es acumulativo ni en un sentido ni en otro, ni hacia adelante ni hacia atrás; y que el salto, al coincidir la homogeneización con la tendencia capitalista de muerte, solo puede venir de lo heterogéneo.

Hoy hemos recogido estos dos conceptos, centrales para explicarnos cómo nos sentimos actualmente en nuestro quehacer, pero hay otras muchas dudas que nos siguen manteniendo inquietos. Porque aunque, como hemos dicho, el pensamiento crítico aparece realizado e irrelevante y sentimos colapsada la imaginación, nos negamos a aceptar lo que hay admitiendo la impotencia. Por eso seguimos reafirmandonos en la función de la crítica, como una verdad más, como la que mejor se ajusta a nuestra concreta forma de expresar nuestro estar en el mundo. Seguiremos pensando sobre lo que acontece y la lógica que lo mueve porque a nivel concreto de grupo y personal de cada uno lo necesitamos,

En estos diez años han pasado y nos han pasado muchas cosas y algunas de ellas nos han sorprendido y arrastrado en su dinámica paralizante pero también nos ha servido para constatar la precariedad y las fisuras del orden económico y social que conocemos. No está todo dicho, ni dentro ni fuera de nosotros y al igual que observaremos los movimientos del capital, seguiremos interrogándonos sobre los comportamientos humanos que se dan para detectar las disidencias, las otras lógicas que recorren nuestro cuerpo.

Etcétera

Introducción a los nuevos cercados

En el n° 10 de 1990, el Colectivo Midnight Notes, bajo el título de "The New Enclosures" (Los Nuevos Cercados) (), recoge una serie de artículos en los que se va haciendo un interesante recorrido por determinadas zonas del mundo (África, Israel, Egipto, China, EE.UU.) observando los efectos e interrelaciones de las distintas medidas económicas empleadas por el capital en su dinámica depredadora y expansionista.*

Todos estos artículos conforman una visión globalizadora con la que claramente puede abordarse el planteamiento de Los Nuevos Cercados como una herramienta más de debate —como ellos proponen— para facilitar la comprensión del mundo.

Sugerente e imaginativo, se trata de un enfoque interesante que vale la pena abordar y discutir, aunque vaya por delante la expresión de nuestra disconformidad con algunos aspectos de los que nos sentimos alejados: el mantenimiento simplista del esquema clásico de dos clases enfrentadas y la visión romántica de la vinculación con la tierra y el geográfico difícilmente aplicable a nosotros, los urbanitas modernos.

Pero, como hemos dicho, lo consideramos interesante y por ello reproducimos la INTRODUCCIÓN del número en la que queda claramente explicada la hipótesis que plantea.

(*) Extraído de la Enciclopedia LAROUSSE
ENCLOSURE. (Voz inglesa). Cercamiento de un campo.

La palabra *enclosure*, que designaba inicialmente la acción de cercar un campo, ha pasado a aplicarse a un complejo proceso de transformación de la agricultura británica entre la baja edad media y mediados del s. XIX, que significó el paso de una economía agraria basada en los aprovechamientos comunales a otra de signo individualista y encaminada a la comercialización de los productos obtenidos. La primera etapa de las enclosures tuvo lugar durante la depresión agrícola de la baja edad media, cuando el descenso del precio del trigo y la estabilidad del de la lana movió a los grandes propietarios a convertir la tierra arable en pastos, cercando sus propiedades y atacando así el sistema de los campos abiertos (*open fields*), lo que implicó privar a los campesinos modestos de unos pastos que les eran necesarios para alimentar su ganado. La despoblación ocasionada por estos cercamientos (*lost villages* o pueblos perdidos) llegó a tal extremo que el gobierno ordenó en 1517 que se hiciera una investigación, y a partir de entonces dictó una serie de medidas tendentes a frenar las enclosures y a favorecer con ello a los pequeños cultivadores. La situación se mantuvo estable hasta el s. XVIII, cuando el aumento de la productividad agraria y la creciente demanda de cereales suscitada por la revolución industrial llevó a una nueva etapa de enclosures, de acuerdo con las concesiones que eran aprobadas por el parlamento. Esta nueva oleada de cercamientos permitió a los grandes propietarios apoderarse de parte de las tierras comunales y contribuyó a expulsar de la agricultura a un elevado número de campesinos. Las enclosures aumentaron en la misma proporción en que crecía el precio del trigo y alcanzaron su punto más alto en el periodo de las guerras napoleónicas y del bloqueo continental (de 1802 a 1815 se cercaron unas 300.000 ha.). La etapa de depresión económica iniciada hacia 1816 y el hecho de que ya sólo quedaran por cercar tierras de baja calidad frenaron este proceso, que puede darse por concluido a mediados del s. XIX.

...el movimiento histórico por el que los productores se convierten en trabajadores asalariados, se presenta por un lado como su emancipación de la servidumbre y de los grilletes de los gremios, y este es el único aspecto que interesa a nuestros historiadores burgueses. Pero, por otro lado, sólo cuando hubieron sido despojados de sus propios medios de producción y de toda garantía existencial otorgada por las antiguas convenciones feudales, estos nuevos hombres libres se convirtieron en vendedores de sí mismos. Y esta historia, la de su expropiación, está escrita en los anales de la humanidad con letras de sangre y fuego.

-Karl Marx, *El Capital*, Vol. I

El dócil Sambo podía convertirse de la noche a la mañana, y de hecho así lo hizo, en el revolucionario Nat Turner. Los esclavos, bajo el liderazgo de quienes procedían de sociedades africanas más complejas, luchaban y escapaban, robaban y aparentaban inocencia, ganduleaban en el trabajo mientras aparentaban trabajar lo más posible. Y vivían para luchar un día más.

-George Rawick, *From Sundown to Sunup*

***Glasnost,
Fin de la Guerra Fría,
Europa Unida,
We are the World,***

Salvemos la Selva Amazónica... frases típicas de la actualidad. Sugieren una época de apertura histórica, globalismo y desmantelamiento de barreras políticas y económicas. Sin embargo, en medio de esta vorágine, Midnight Notes plantea el tema de los “Nuevos Cercados”. Porque un secreto corrosivo se esconde tras los brillantes ídolos del globalismo, el fin de los bloques y la conciencia ecológica: la última década ha sido testigo del mayor cercado al pueblo que ha habido en la historia universal. Nuestros artículos revelan los detalles de este secreto, así como la resistencia que se le ofrece. Esta introducción explica el significado y la importancia de los Cercados, tanto los viejos como los nuevos, en la lucha de clases planetaria.

Los Viejos Cercados fueron un proceso contra-revolucionario en el cual, tras un siglo de altos jornales y de ruptura de la autoridad feudal, a finales del siglo XV los funcionarios públicos y terratenientes despojaron a los campesinos de Inglaterra de sus tierras y sus víveres. Estos se convirtieron en pobres, vagabundos y mendigos, y más tarde en trabajadores asalariados, mientras la tierra fue puesta al servicio del incipiente mercado internacional de productos agrarios.

De acuerdo con la tradición marxista, los Cercados fueron el punto de arranque de la sociedad capitalista. Fueron el mecanismo básico de “acumulación primitiva”, la cual creó una población de trabajadores “libres” de cualquier medio de reproducción y, por tanto, obligados (con el tiempo) a trabajar por un salario.

Los Cercados no son, sin embargo, un proceso de una única época, agotados en el umbral del capitalismo. Son un fenómeno que se repite en la trayectoria de acumulación y un componente estructural de la lucha de clases. Cualquier cambio en el poder del proletariado implica una respuesta capitalista: tanto la expandida apropiación de nuevos recursos y de nuevas fuerzas de trabajo como la extensión de las relaciones capitalistas, pues de lo contrario el capitalismo se vería amenazado de extinción. Por eso, los Cercados son un proceso que une a los proletarios a lo largo de toda la historia del capital, porque a pesar de nuestras diferencias, todos hemos entrado en el capitalismo por la misma puerta: la pérdida de nuestra tierra y de los derechos a ella vinculados, tanto si ésta pérdida ha tenido lugar en Front Mill como en Inglaterra, el Sur de Italia, los Andes, el Delta del Níger o el Lower East Side de Nueva York.

El Apocalipsis de la Trinidad de Pactos Sociales

Actualmente, una vez más, los Cercados son el común denominador de la experiencia proletaria en todo el globo. En la mayor diáspora del siglo, en cada continente millones de personas están siendo desarraigadas de sus tierras, de sus trabajos, de sus hogares, mediante guerras, hambrunas, plagas y devaluaciones ordenadas por el FMI (versión moderna de los cuatro jinetes del apocalipsis), y dispersadas por todos los rincones del globo.

Hoy en día en Nigeria, por ejemplo, el ejército está expulsando a la gente de las tierras de propiedad comunal para destinarlas a plantaciones pertenecientes y administradas por el Banco Mundial. ¿El motivo? El gobierno aduce la “crisis de la deuda” y el FMI dictó el “Programa de Ajuste Estructural” (PAE) supuestamente creado para superarla. El PAE para Nigeria es similar a los PAEs que se están aplicando en toda Asia, África y Latinoamérica. Invariablemente incluyen la comercialización de la agricultura y la desmonetarización de la economía a través de masivas devaluaciones que reducen los salarios al valor del papel. El resultado es la destrucción de pequeñas comunidades, la emigración a ciudades cercanas, y para el desesperado, listo o afortunado, alguna posibilidad de trabajar en Nueva York o Nápoles.

En EEUU, millones de personas están sin hogar y condenadas al vagabundeo. Los motivos inmediatos son conocidos: la crisis de la agricultura, la abrupta subida de los alquileres e hipotecas en comparación con los salarios, el acopio de viviendas y la corrupción, el colapso de la seguridad social, la quiebra de los sindicatos. Detrás de estos motivos, sin embargo, hay un hecho: el declive, desde 1973, de los salarios reales para la masa de trabajadores. El pacto social de después de la II Guerra Mundial, que garantizó el aumento de los salarios reales, ha pasado a la historia y los vagabundos son la tropa de choque (y chocada) de esta situación. Pero incluso aquellos cuyos salarios han escapado a este colapso del pacto se quejan de la concomitante pérdida del entorno natural debido a una serie de Grandes Catástrofes, desde la desvaneciente capa de ozono hasta la deforestación de las selvas.

En China, la transición a una “economía de libre mercado” ha causado el desplazamiento de cien millones de personas de sus tierras administradas colectivamente. Sus colegas urbanos están encarando la pérdida de puestos de trabajo garantizados en fábricas y oficinas y la perspectiva de

emigrar de una ciudad a otra en busca de un salario. El “bol de arroz de acero” está a punto de romperse, mientras en la Unión Soviética y en Europa del Este está desarrollándose una situación similar. Los pactos sociales de posguerra de la OCDE (Europa occidental - Norteamérica - Japón), de los países socialistas y del Tercer Mundo han quedado todos anulados e invalidados, como muestran los ejemplos de EEUU, China y Nigeria. Nos negamos a lamentarnos de ello. Porque, ¿quién los anuló primero sino el hermano y la hermana proletarios en todo el planeta, los cuales desearon y exigieron más, mucho más de lo que se había acordado? No de modo sorprendente, la vieja pitón del Capital ha reaccionado instintiva y “originalmente” con una nueva embestida y con el mordisco que han supuesto los Cercados. Este tema de Midnight Notes mostrará la unidad de reacción del Capital en los lugares más diversos, así como la lucha multiforme encaminada a hacerle frente.

La “crisis de la deuda”, el “vagabundeo” y el “colapso del comunismo” se tratan a menudo como fenómenos diferentes tanto por parte de los media en general como por parte de los periódicos de izquierda en particular. Para nosotros designan engañosamente aspectos distintos de un único proceso unificado: los Nuevos Cercados, que deben operar en todo el planeta en formas discordantes, divisorias, mientras que son totalmente interdependientes.

Bajo la lógica de la acumulación capitalista en este período, por cada fábrica de una zona de libre comercio en China que se privatiza y se vende a un banco comercial de Nueva York, o por cada acre cercado por el proyecto de desarrollo promovido por el Banco Mundial en África y Asia como parte de un intercambio de “deuda por capital”, debe resultar un cercado correspondiente en EEUU y Europa Occidental. Por ello, cuando se expropia tierra comunal en Nigeria o se suprime la política de viviendas gratuitas para los trabajadores en China, debe haber una expropiación paralela en EEUU, bien sea ésta la supresión de puestos de trabajo bien pagados en una fábrica de Youngstown, bien la destrucción de una comunidad de clase trabajadora en Jay, Maine, bien la imposición de la ley marcial en los parques de Nueva York. Con cada recorte de “derechos comunales” en el Tercer Mundo o de “derechos socialistas” en la Unión Soviética y China, se produce una sustracción de nuestros igualmente sacrosantos “derechos sociales” en EEUU. De hecho, esta sustracción ha avanzado tan minuciosamente en los años ochenta que incluso la definición de lo que significa “ser humano” está siendo revisada tanto por parte del capital como del proletariado.

Esta mutua contracción del “derecho a subsistir” en el Tercer Mundo, en los países comunistas y en EEUU no es una casualidad. De ningún modo podría el capital haber ganado en ningún sitio si no hubiera operado en todos los lugares. Solo si los filipinos desterrados podían ser utilizados en “zonas de libre empresa” en Manila o en trabajos degradantes en Italia, podía el capital reducir los salarios reales en EEUU o mantener crónicamente tan alto porcentaje de desempleo en Europa. Los cercados tercermundistas y comunistas, aparentemente tan exóticos y distantes de Boston o Nueva York, se convirtieron inevitablemente en propios del Primer Mundo, igualmente exótico y distante de Lagos y Pekín.

Los Nuevos Cercados son tan radicales en su ataque a lo que las luchas proletarias han conquistado en el curso de la historia en términos de derechos humanos, por el hecho de que el capital se veía confrontado con una crisis de vida o muerte que imposibilitó cualquier convenio socialdemócrata. Al final de la II Guerra Mundial, el capital (en sus formas occidental y oriental) ofreció una variedad de eslóganes al mundo propietario: desde “negociaciones colectivas” e “integración racial” en EEUU, hasta el familiar “salario social” en la URSS, pasando por la “emancipación colonial” en Asia y África. Siguió una lucha titánica para determinar el contenido de estos eslóganes pero, entre 1965 y 1975, las iniciativas proletarias trascendieron los límites de las posibilidades históricas del capital. Desde el motín de Watts hasta la “Primavera de Praga”, pasando por el “otoño caliente” de Italia y el último helicóptero estadounidense que escapó en la caída de Saigón, las perspectivas de beneficio a escala internacional se ensombrecieron y el capital se vio ante

la eutanasia. Consecuentemente, todos los pactos se esfumaron y el capital emprendió la ofensiva por doquier.

A finales de los años ochenta, el capital parece haberse llevado la mejor parte de la rescisión de estos pactos sociales. Por ejemplo, para la izquierda de EEUU las “negociaciones colectivas” y la “integración racial” son utopías, mientras que los trabajadores soviéticos contemplan con ansiedad como su “salario social” retrocede rápidamente al pasado. De hecho, “emancipación colonial” es una frase que, si alguien tiene el mal gusto de formularla, solo puede causar mofa. ¿Cómo han podido alienarse tan rápidamente estos “derechos inalienables”? A través de la maniobra de los Nuevos Cercados, que intentan eliminar cualquier relación tradicional, orgánica o institucionalizada, entre los propios proletarios y los poderes del planeta o de su pasado.

Por lo tanto, estos Nuevos Cercados fijan la reorganización a gran escala del proceso de acumulación que se desarrolla desde mediados de los años setenta. El objetivo principal de este proceso ha sido desarraigar a los trabajadores del terreno en el cual construyeron su potencial organizativo, de modo que, al igual que los esclavos africanos trasladados a las Américas, se les obliga a trabajar y a luchar en un ambiente extraño donde no funcionan las formas de resistencia que eran posibles en su tierra natal.

Por eso, una vez más, como en los albores del capitalismo, la fisonomía del proletariado mundial es la del pobre, el vagabundo, el criminal, el mendigo, el vendedor ambulante, el refugiado que trabaja en una tienda de dulces, el mercenario, el amotinado.

El Pentágono de los Cercados

¿Cómo se han desarrollado los Nuevos Cercados? Ante todo, los Nuevos Cercados operan exactamente igual que lo hacían los Viejos Cercados: acabando con el control comunal de los medios de subsistencia. Hoy en día hay muy pocos grupos que todavía puedan recurrir directamente a su tierra y trabajo para cubrir sus propias necesidades. Incluso los últimos aborígenes, desde Indonesia hasta el Amazonas, están siendo violentamente encerrados en reservas gubernamentales. Más comúnmente, el llamado “campesino” de hoy en día en el Tercer Mundo es una persona que sobrevive gracias a las remesas de un hermano o hermana emigrado a Nueva York; o cultivando, en las condiciones más peligrosas, amapolas u hojas de coca para exportar; o prostituyéndose a los portadores de divisas fuertes (el mayor y quizás único afrodisíaco de esta época); o emigrando a ciudades cercanas para unirse a las hinchadas filas de jornaleros, vendedores ambulantes o trabajadores en “zonas de libre empresa”, donde las condiciones son a menudo más peligrosas que en los campos de amapolas de su tierra de origen.

El segundo método principal de los Nuevos Cercados también es parecido a Los Viejos: embargo de la tierra para saldar deudas. Del mismo modo que la corte de los Tudor cedió grandes extensiones de tierras monásticas y comunales a sus acreedores, así también los modernos gobiernos africanos y asiáticos están de acuerdo en capitalizar y “racionalizar” la tierra agraria para satisfacer a los interventores del FMI, quienes solamente perdonarán préstamos extranjeros bajo esas condiciones. Del mismo modo que los jefes de los clanes en Los Highlands escoceses del siglo XVIII se confabulaban con mercaderes y banqueros locales, con quienes se endeudaban, para “limpiar la tierra” de hombres y mujeres de sus propios clanes, así también los jefes locales en África y Asia cambian derechos sobre tierras comunales por préstamos sin amortizar. El resultado ahora y antes es el Cercado: éste es el secreto que se esconde tras la tan cacareada “crisis de la deuda”.

En tercer lugar, los Nuevos Cercados convierten la forma dominante de trabajo en un trabajo móvil y migratorio. Desde el advenimiento del capitalismo somos la fuerza de trabajo con mayor movilidad geográfica. El capital nos mantiene constantemente en marcha, separándonos de nuestros países, granjas, jardines, casas, puestos de trabajo, porque esto garantiza salarios baratos, desorganización comunal y máxima vulnerabilidad frente a los tribunales y la policía.

En cuarto lugar, los Nuevos Cercados requieren la caída del comunismo tanto en la URSS como en Polonia y China. El objetivo del Cercado no podría llevarse a cabo a menos que no hubiera una exacerbación de la competencia internacional entre los trabajadores y, por eso, una expansión enorme del mercado de trabajo mundial. No era posible mantener a un tercio del proletariado mundial al margen de la competencia mientras el capital comunista no podía seguir reprimiendo por más tiempo el deseo de la clase trabajadora comunista de apropiarse de la riqueza mundial... aunque esta riqueza tuviera forma de mercancía.

Desde hace mucho tiempo el comunismo ha dejado de ser un polo de atracción para el proletariado. Las revoluciones anticoloniales de los sesenta y el boom de las materias primas en los setenta le dieron un respiro, pero para finales de los ochenta el juego había terminado. Los motivos del colapso del comunismo, al menos retrospectivamente, son bastante obvios. El comunismo es otro nombre para un “convenio” interclasista por el que suele intercambiarse un trabajo garantizado con un menor grado de explotación por salarios más bajos. “Más bajo” es, por supuesto, un término relativo y que presupone una comparación con el estándar capitalista. El trato funciona en la medida en que las garantías, la explotación y los salarios estén en consonancia.

En los años ochenta, especialmente con la caída de los precios de la energía, los salarios comunistas llegaron a ser demasiado bajos en comparación con el estándar internacional como para que la clase trabajadora comunista los tolerase. Pero el índice de explotación que exigía el Estado era al mismo tiempo demasiado alto, mientras sus garantías eran cada vez menos prometedoras para el proletariado. Porque, con el salto tecnológico basado en la informática, la expansión de la producción al Tercer Mundo con sus bajos salarios y el fin de la crisis energética en los países de la OCDE, el valor del trabajo comunista en el mercado mundial se hundió. No era meramente más bajo, sino que prácticamente era nulo. El “convenio” se rompió por las costuras y los intentos de remendarlo empeoraron el desgarrón. Por ejemplo, los préstamos que se concedieron a los países de Europa Oriental en los años setenta (parecidos a los préstamos actuales al Tercer Mundo), para permitirles tomar parte en el salto tecnológico, comportaron un enorme aumento de la explotación y la reducción de salarios. El resultado: rebelión, malestar y emigración.

¿Deberíamos derramar lágrimas por este convenio deshecho? Difícilmente. Porque el colapso del comunismo proporciona la respuesta definitiva al acertijo de la Gran Esfinge del Siglo XX: La clase comunista trabajadora. ¿Cuántos tomos se han escrito para determinar si esta tosca bestia es realmente una clase trabajadora? Ya podemos consignarlos a los archivos, porque la clase comunista trabajadora ha salido del escondite. El cuento de hadas de los “bloques opuestos” se ha terminado y podemos ver en directo la lucha de clases desde Berlín hasta la ciudad de Ho Chi Minh. Ahora tenemos los mismos jefes y podemos comparar en los mismos trabajos los méritos relativos de los diferentes sistemas. Si hay algo que se someterá a prueba, en la próxima década, eso serán las virtudes del comunismo para la clase trabajadora. Cuando estallen las nuevas luchas de clases de los años noventa en el Este de Europa, la Unión Soviética y China, entonces veremos si los valores de “solidaridad”, “cooperación” e “internacionalismo” realmente han sedimentado.

El quinto aspecto de la aplicación de los Nuevos Cercados reside en su ataque a nuestra reproducción, ¡convirtiéndonos tanto en mutantes como en emigrantes! La tan cacareada desaparición de la selva, el famoso agujero de la capa de ozono, la dolorosa contaminación del aire, el mar y playas, junto con la obvia reducción de nuestro espacio para vivir, todo esto forma parte de la destrucción de la propiedad comunal. Incluso los mares fueron cercados en los años ochenta con la ampliación de los límites territoriales. No hace falta ser tan forofo de la ciencia ficción para darse cuenta de que somos conejillos de indias en un experimento capitalista para el cambio no-evolutivo de las especies. Los seres humanos proletarios no están solos en este tira y afloja. Los animales, desde los protozoos hasta las vacas, están siendo disecados y patentados para que se coman las manchas de petróleo, para que produzcan más huevos por hora, para que segreguen más hormonas.

Cada vez más, la tierra no se valora tanto por la cantidad de alimentos que permite cultivar o de construcciones que puede soportar, sino por la cantidad de residuos radioactivos que permite almacenar de modo “seguro”. Por eso, unos territorios cansados, fruto de miles de millones de años de transformación sin fatiga, encuentran cansados cuerpos humanos.

El capital ha soñado durante mucho tiempo con enviarnos a trabajar al espacio, donde nada nos sería dejado excepto nuestra máquina de trabajo y unas relaciones laborales enrarecidas y represivas (ver *Mormons in space*, **Computer State** Notes, Midnight Notes, 5). Pero la verdad es que la tierra se está convirtiendo en una estación espacial y millones de personas ya están viviendo en condiciones espacio-coloniales: sin oxígeno para respirar, con tan limitado contacto social y físico, una vida desexualizada, dificultad de comunicación, falta de sal y de naturaleza... incluso se echan en falta los sonidos de las aves migratorias.

El horror sentimental de este aspecto de los Nuevos Cercados ha redundado en beneficio de muchos publicistas y compañías productoras de películas, pero a nosotros nos gustaría señalar su valor purgativo. Porque salta a la vista que se está cercando cada vez más el aspecto individual y personal, que había sido libre para la mayoría del proletariado. Apariencia y actitud son aspectos cada vez más propios del proceso productivo en las llamadas “industrias de servicios”, que abarcan desde los restaurantes hasta los hospitales. En el pasado, el aspecto de un trabajador o lo que sentía en la cadena de producción, granja o mina, no era consustancial a la relación salarial. Esto ha cambiado definitivamente. A aquellos que “trabajan para el público” se les controla continuamente, desde su orina hasta sus glándulas sudoríferas, pasando por el hipotálamo. Ahora el capital nos trata como lo hacían los inquisidores de antaño, buscando las marcas del diablo de la lucha de clases en nuestros cuerpos y exigiendo que lo abramos a la alienación. El caso más extremo de este Cercado se encuentra en los debates político-personales en torno al creciente recurso a la cirugía reconstructiva por parte de la clase trabajadora. Los senos siliconados de la última Miss América son los paradigmas concretos de esta tendencia. ¿Vamos a lamentarlo o a condenarlo? No, porque simplemente indican que, aunque la burguesía haya perdido su cuerpo hace tiempo, está forzando a la clase trabajadora a seguir el ejemplo. No sólo “bellas reinas” y “líderes masculinos” deben comprar y recomprar sus cuerpos pieza a pieza, sino que la cirugía reconstructiva es ahora imprescindible para muchos trabajos en el “sector servicios” y nos descubre, para que observemos y evaluemos, la naturaleza mercantil de las relaciones capitalistas.

Estos cinco aspectos de la respuesta capitalista a la lucha de clases han tenido éxito, al menos parcialmente, debido a su habilidad para resumir los deseos del proletariado. Después de todo, incluso durante el periodo de Los Viejos Cercados muchos se sintieron atraídos por las posibilidades de un consumismo universal que la vida urbana ofrecía, y no esperaron la llegada de los criminales estatales a la verde aldea para encaminarse a la ciudad. Lo mismo podríamos decir acerca del comunismo actual. Porque el deseo de los trabajadores comunistas de participar en el intercambio de trabajo universal ha sido un factor crucial en el derribo de los muros del comunismo. De hecho, el atractivo del mercado mundial no reside en las consecuencias explotadoras, sino en las energías que libera para realizar viajes, comunicarse y acumular riqueza. El comunismo de la última posguerra fue del todo incapaz de generar modelos alternativos de intercambio y reproducción internacional, tanto en la variante de la burocracia del Comintern como en la de los ideales de Che Guevara. De ahí que el internacionalismo comunista en el plano económico se evaporara en la presente crisis.

La espiral de lucha

Aunque los Nuevos Cercados han logrado seducir y dividir, también han sido combatidos ferozmente y han ocasionado, inintencionadamente, un aumento del conocimiento y autonomía proletarios. Es más, el planeta ha temblado y vibrado con manifestaciones, motines y rebeliones anti-FMI. Sólo en 1989, las calles y cámpuses de Venezuela, Birmania, Zaire, Nigeria y Argentina han

visto enfrentamientos entre tropas armadas y estudiantes y obreros que gritaban “Muerte al FMI”, saqueaban mercados de productos de importación, excarcelaban prisioneros, y quemaban bancos. Aunque se desea el acceso a la riqueza universal, las formas institucionales del mercado mundial, que están utilizando la “crisis de la deuda” para crear los Nuevos Cercados, están siendo físicamente atacadas de forma consciente en toda África, Latinoamérica y Asia.

No sólo hay resistencia contra la forma monetaria de los Nuevos Cercados, sino que en los años ochenta hubo una auténtica guerra por la tierra a escala mundial. Desde los Andes hasta América Central y México ha habido desesperadas y crónicas luchas armadas por el control de la tierra (descritas a menudo en EEUU como un aspecto del “problema de la droga”). En África occidental hay una lucha armada a escala microscópica frente a los embargos de tierras por parte del Estado y los bancos de desarrollo (a menudo tachada de anacrónica “guerra tribal”). En África del sur, la lucha por la tierra y su control, tanto en la ciudad como en el campo, se presentan como un aspecto de “la lucha contra el apartheid”, mientras que en África oriental se considera un “problema de nacionalidades”. La guerra por la tierra es, por supuesto, el modo de la “cuestión palestina”, mientras que desde Afganistán hasta Filipinas e Indonesia, pasando por la India y Sri Lanka, los proletarios han tomado las armas contra los Nuevos Cercados en una amplia variedad de formas. Pero en los años ochenta esta guerra por la tierra no fue únicamente una lucha rural, “tercermundista”. Desde Berlín Oriental hasta Zurich, Amsterdam, Londres, Nueva York, los “ocupas”, la gente de la calle y los “sin hogar” han luchado contra la policía, incendiarios al servicio de promotores inmobiliarios y otros agentes de la “desconcentración espacial”, no simplemente por la “vivienda”, sino también por la tierra y todo lo que significa.

Estos enfrentamientos violentos y a menudo armados han limitado, desde luego, el ritmo de implantación y el alcance de los Nuevos Cercados, pero ha habido otras consecuencias, a menudo inintencionadas, de los Nuevos Cercados que serán, quizás, incluso más importantes para su extensión universal. En primer lugar, los Nuevos Cercados han comportado un enorme aumento e intensificación del conocimiento que tiene el proletariado de la composición internacional de la clase. Por ejemplo, el granjero medio de África oriental conoce, en los años ochenta, los negocios que pueden irse abajo en Brooklyn, Londres y Venecia. En segundo lugar, los Nuevos Cercados han forzado un internacionalismo de la acción proletaria, pues nunca antes el proletariado había estado tan obligado a vencer sus regionalismos y nacionalismos, ya que el pueblo no sólo está perdiendo su parcela de tierra sino también el arraigo en su país. En tercer lugar, la mayoría de las situaciones extremas de la crisis de la deuda y la necesidad de organizar la reproducción al margen de la relación monetaria, han forzado a menudo a los obreros a desarrollar su autonomía mediante la imposición de la tarea de crear un sistema completo de producción y reproducción al margen de la sociedad capitalista.

El Fantasma marxista en Midnight

Estas consecuencias inintencionadas de los Nuevos Cercados y sus posibilidades son temas queridos y cercanos a los trabajos de Marx y Engels, y ya va siendo hora de que hablemos de ellos. Porque una de las principales ironías de la actualidad es que en el mismo momento de la caída del socialismo se están verificando las predicciones de Marx sobre el desarrollo del capitalismo. Aunque los intelectuales “postistas” están bailando sobre la tumba de Marx mientras los “marxistas” tratan desesperadamente de revisar su curriculum vitae, la teoría de Marx nunca había sido tan certera. ¿Qué es lo que estamos viendo sino la famosa “depauperación de la clase obrera”, “la expansión del mercado mundial”, “la competencia universal entre los trabajadores” y “la creciente composición orgánica del capital”? ¿Cómo podemos comprender algo acerca de este mundo sin utilizar los axiomas de la teoría marxista del trabajo, del dinero y del beneficio? Los capitalistas, naturalmente, no pueden.

Teóricamente, pues, el fantasma de Marx todavía habla acertadamente a medianoche. Estratégicamente, sin embargo, Marx y Engels fallan en este momento de los Nuevos Cercados. Merece la pena explicar por qué. El Marx del Capital, a la vez que reconocería la complejidad de la situación, probablemente entendería los Nuevos Cercados como entendió los Viejos: eran, fundamentalmente, una etapa en la “naturaleza progresiva” del desarrollo capitalista, que prepara las condiciones materiales para una sociedad comunista. Las dos tendencias decisivas de este desarrollo son: (1) rompe barreras locales y la separación entre el campo y la ciudad, y así, produce un ser humano verdaderamente universal y capaz de beneficiarse de la riqueza de la producción cultural y material de todo el mundo, y (2) unifica a la clase obrera internacional, que cada vez más reconoce su interés común y actúa en función del mismo. Consecuentemente, pese a tanto dolor y muerte, a la “sangre y fuego” de los Viejos Cercados, fueron inevitables y en el fondo históricamente positivos, porque llevaron a cabo “la disolución de la propiedad privada basada en el trabajo de su propietario”.

Al destruir el modo de producción “en que el trabajador es propietario de sus propios medios de producción, que él mismo utiliza: el campesino, de la tierra que cultiva; el artesano, de la herramienta que maneja con virtuosismo”, los Cercados sentaron las bases para la creación de La “propiedad privada capitalista, que prácticamente descansa ya en la producción socializada”. Por consiguiente, Los Cercados constituyen la “larga, violenta y difícil” transformación que facilitará la “expropiación de algunos pocos usurpadores por la masa de la población” en la revolución comunista.

El problema de este análisis es simple: los Nuevos Cercados (y probablemente muchos de los Viejos) no sólo están pensados para los pequeños productores y sus propiedades. También tienen el objetivo de destruir propiedades y espacios comunales que forman una fuente de energía del poder proletario. Una aldea quiché en las montañas guatemaltecas, un terreno comunalmente administrado en el Delta del Níger, un barrio urbano como Tepito en Ciudad de México, una ciudad rodeada de una papelera controlada por trabajadores en huelga como Jay, Maine, no encajan en el modelo clásico marxista de los Cercados. En cada uno de estos ejemplos no nos enfrentamos a unos cuantos pequeños productores aislados, sino a un punto de partida para el ataque proletario o con funciones logísticas. Es una memez aceptar la desaparición de estas aldeas, tierras, barrios y ciudades como sacrificios necesarios, y en el fondo progresivos, para la destrucción del capitalismo y el desarrollo de verdaderos proletarios “universales”. Universales o no, los proletarios reales, vivos (que no viven del aire) han de tener los pies en algún sitio, han de hacer huelga en algún sitio, han de descansar en algún sitio, han de jubilarse en algún sitio. Porque la guerra de clases no ocurre en un tablero abstracto, sumando beneficios y pérdidas, sino que es una guerra que necesita un territorio.

El horror justificado que sentía Marx hacia los “pequeños productores” y su repugnante comportamiento no debe llevarnos a perder de vista una realidad estratégica a golpe de fórmulas honoríficas. En 1867 no vislumbró las posibilidades de poder proletario existentes, aunque de forma contradictoria, en la vida comunal intacta de millones de personas en África, Asia, América y Oceanía. Imposible encontrar en el Capital algún llamamiento al proletariado europeo a luchar contra el Cercado de estos pueblos comunales.

Del mismo modo, Engels no pudo detectar el surgimiento de un nuevo poder comunal, por el que había que luchar, en los barrios proletarios de las nuevas ciudades industriales de Europa. Para entender este error estratégico, vamos a fijarnos en un trabajo de Engels realmente admirable, *The Housing Question* (El problema de la vivienda, 1872), escrito un año después de la Comuna de París. Es lúcido, agudo y más perspicaz que cualquier producto reciente de los movimientos de “ocupas” y personas sin hogar. Engels parece estar describiendo, como si de una visión se tratara, la Nueva York de los años ochenta inspirándose en sus observaciones del Londres, Manchester, París y Berlín del siglo XIX. Incluso describe una versión dieciochesca de la “desconcentración espacial” que atribuye a Haussmann, un urbanista bonapartista. Por lo visto, Haussman planeó “abrir largas calles

anchas y rectas a través de los apiñados barrios obreros y levantar grandes y lujosos edificios a ambos lados, con el propósito (además del objetivo estratégico de hacer dificultar la lucha en las barricadas) de desarrollar un proletariado típicamente bonapartista, específico del sector de la construcción y dependiente del gobierno, y de convertir la ciudad en un espacio de lujo.

Pero pese a estas agudas observaciones, el planteamiento efectivo que hace Engels del “problema de la vivienda” es decepcionante. ¿Por qué? Pues porque deja de lado el punto de vista estratégico, a saber, la manera en que la composición de clase espacialmente definida de una ciudad determina el poder de la clase obrera, para centrarse en otros dos aspectos típicamente marxistas: (a) el alquiler medio pagado por los trabajadores no es más que una redistribución de la plusvalía entre los capitalistas industriales y los propietarios, y (b) la “solución” al problema de la vivienda no puede consistir en promocionar la construcción de viviendas en propiedad porque ello “aburguesaría” a los trabajadores y atrasaría la auténtica solución, la revolución. El primer punto es abstracto y más o menos cierto, mientras el segundo refleja el “horror ante el vacío de la pequeña propiedad”, tan propia de Marx y Engels. Por esto, en ninguna parte asume la defensa de los barrios obreros como aspecto fundamental del “problema de la vivienda” y planteamiento estratégico importante en el pensamiento de clase.

Parece que en opinión de Engels el mercado de la vivienda puede transformar totalmente la composición espacial de una clase obrera urbana y, aún así, ser irrelevante para “la cuestión de la vivienda”. Además de ser absurdo, ésta no es, naturalmente, la visión del Haussmann capitalino de entonces y de ahora. Sin duda Engels debió haberse dado cuenta de que las revoluciones no se hacen en un cielo de ideas, sino que normalmente se producen, al menos en sus últimas etapas, en ciudades donde la cuestión de la disposición de fuerzas es crucial. Quizás la subvaloración estratégica por parte de Engels de la topología de la clase trabajadora fue debida al fracaso del ya clásico proceso revolucionario de la Comuna de París, que acabó un año antes de la publicación de *The Housing Question*. Probablemente fue resultado de un error categórico más profundo del enfoque marxista de Los Cercados, que sigue estando en el corazón del marxismo hasta el día de hoy. Esto atañe, especialmente, a sus variantes “tercermundistas”, a menudo aceptadas por aquellos que están en las luchas de primera línea contra los Nuevos Cercados, bien como organizadores de manifestaciones anti-FMI, bien como guerrilleros que luchan por la tierra. Estas formas de marxismo están ahora en una profunda crisis. A primera vista, la crisis del marxismo “tercermundista” parece tener sus raíces en la caída de sus principales modelos comunistas, la Unión Soviética y China, y no tiene nada que ver con su modo de ver Los Cercados, sean los Viejos o los Nuevos. Por lo tanto, la crisis parece deberse ante todo al fin de la ayuda económica y militar facilitada por el bloque comunista al amparo del “internacionalismo proletario”. Tal visión es superficial.

Los marxistas “tercermundistas” aceptan la noción del carácter progresivo de la acumulación original. Por consiguiente, aunque oficialmente luchan contra los Nuevos Cercados, conciben su partido y Estado como sujeto capaz de llevar a cabo sus propios Cercados sobre sus propias tierras comunales de forma incluso más eficiente y “progresiva” que los capitalistas. Interpretan la propiedad comunal de la tierra y los intercambios entre mercados locales como señales características de la “pequeña burguesía” que hay que extirpar. Su acción revolucionaria aspira a nacionalizar la tierra y a aniquilar los mercados locales, además de echar a patadas al FMI y a la élite gobernante “compradora”. Sin embargo, el primer objetivo es un anatema para muchos de aquellos que se sienten atraídos ante todo por la lucha contra los Nuevos Cercados. La confusión aumenta en la victoria, en la cual se da una tendencia a crear o a continuar las dos formas avanzadas de propiedad de la tierra –plantaciones estatales (Mozambique) o haciendas capitalistas (Zimbabue)– a expensas de las posibilidades y realidades de tipo comunal. Inevitablemente, las condiciones para la contrarrevolución maduran mientras se evidencia la imposibilidad de llevar a cabo medidas de economía autárquica, ya que la mayoría de las estructuras que podrían haber apoyado la autarquía y

negada tierra a los “contras” han sido destruidas por las propias fuerzas revolucionarias.

Por esta razón, las guerras revolucionarias de baja intensidad y los altos tipos de interés acaban con la revolución. Ocurre que es relativamente fácil, en las postrimerías del siglo XX, practicar la ciencia de la revolución y triunfar. Es esta facilidad la que ha obligado al capital, por otro lado, a asegurarse de que la victoria no comportará sino catástrofes y desesperación. De ahí la crisis de la izquierda tercermundista, que tiene sus raíces no sólo en los insidiosos planes diabólicos de la CIA, sino también en el análisis fallido que hizo Marx de los Viejos Cercados.

En cambio, el enfoque más avanzado que ofrece públicamente el propio Capital de sus Nuevos Cercados, a la luz del visible colapso de los modelos socialistas y la crisis del marxismo revolucionario “tercermundista”, está encarnado en la consigna del “final de la historia”. Esta fórmula interpreta el final de los Estados y partidos comunistas como eliminación de la contradicción que impulsa la historia universal, y el triunfo del mercado mundial como el hito de una mercantilización uniforme del planeta llamada “occidentalización” y “democracia”. Sin esta contradicción no puede haber Historia con mayúscula, por supuesto. Si debemos tomarnos en serio o no esta muestra de posmodernismo del Departamento de Estado es discutible, pero el guión que propone es sencillo. Retrotrae la lucha de clases a la situación anterior a la primera guerra mundial y ofrece a los trabajadores de los países de la OCDE dos opciones: “liberalismo” o “imperialismo”. La vertiente “liberal” acepta el “mecanismo del mercado” donde nos encontramos en tanto que diferentes eslabones del proceso de trabajo en un entorno selectivo, de modo que el perfeccionamiento de nuestra “capacidad de supervivencia” deviene el objetivo único de la “vida”. La vertiente imperialista impulsa la internacionalización de la conquista y el saqueo con que repelemos la competencia y nos hacemos cómplices de nuestros patronos inmediatos en la explotación directa de otros proletarios, de manera que la victoria comporta un convenio al estilo sudafricano: mejores salarios y casa propia... protegidos por la ley marcial, cámaras de tortura y una pistola en el bolso. Seguramente una asquerosa mezcla de ambas vertientes resultaría más comible.

El pacto reverdece

A la sombra de esta oscura perspectiva del capitalismo y con el colapso del comunismo, han aparecido los “verdes” con un planteamiento global que apela a las aspiraciones humanas que van más allá del mercado. Del “Pensemos como una montaña” de Earthfirst! a los “Mares desnuclearizados” de Greenpeace, el movimiento ecologista aparece como una de las principales fuerzas que hicieron frente a los Nuevos Cercados durante los años ochenta. Militantes “verdes” sabotearon la tala de bosques, volaron postes de alta tensión, abortaron pruebas nucleares, y en general desempeñaron el papel de “luditas” de los Nuevos Cercados, mientras los partidos “verdes” de Europa se ganaron el apoyo de muchos (que en épocas anteriores se habrían unido a los socialistas o comunistas) llamando a la resistencia política e ideológica a las consecuencias más graves del desarrollo capitalista. Los “verdes” (junto con sus aliados del movimiento de liberación de los animales) han aportado algunas agallas proscritas y pasión angelical a las luchas de la última década. Pero su composición de clase ha limitado hasta ahora sus esfuerzos.

Como ya señalamos en “Strange Victories” (Extrañas victorias, 1979), el movimiento antinuclear de Estados Unidos durante los años setenta, el antecesor político del movimiento ecologista actual, tenía una composición de clase limitada. Se basaba en la población rural de los alrededores de las centrales nucleares y en un “factor adicional”, los trabajadores intelectuales que se habían mudado, después de los años sesenta, a las zonas rurales que rodeaban las centrales. En aquél entonces ya dijimos que, a menos que el movimiento antinuclear superara esta composición de clase bastante limitada atrayendo al proletariado urbano e industrial, la industria nuclear no sería derrotada. El precio de la energía era la clave para ampliar la composición de clase del movimiento, como ocurrió efectivamente. La explosión de luchas contra los aumentos del precio de la energía en las calles y

carreteras de EEUU (además de las revoluciones e insurrecciones en los países productores de petróleo) en 1970-80 forzó al capital a estabilizar el precio de la energía. Esto sancionó la condena de la industria nuclear estadounidense, al menos para este siglo.

Sin embargo, el movimiento ecologista actual no se ha aprendido el secreto de las “extrañas victorias” de su antecesor. La peculiar dialéctica entre los yonquis del petróleo movilizados y los ángeles antinucleares de 1970-80 no llegó a transformarse nunca en un movimiento realmente proletario susceptible de ir más allá de la simple gestión de las consecuencias medio ambientales de la acumulación capitalista. Durante la época de Reagan, los ecologistas recuperaron la ideología autocomplaciente de la “conciencia natural”, la moralidad de la “buena voluntad” y la práctica del “reciclaje” y la “administración” de los años setenta. Este movimiento tiene todos los rasgos del pensamiento y las formas de los “pequeños productores” de que tanto escribieron Marx y Engels. Hasta la etimología de su nombre rememora el “aikos” de los aristócratas de la antigua Grecia, su “corazón y hogar”. Pero del mismo modo que la palabra “economía” introduce subrepticamente en la fábrica capitalista la relación patriarcal rural del padre-madre-hijo-esclavo, la “ecología” pretende también que la Tierra es un “aikos” que ha de ser bien administrada y no el terreno de la lucha de clases global. Porque puede que los proletarios sean nativos de la Tierra, pero aquí no tenemos hogar.

Debido a este conservadurismo político, el movimiento ecologista ha dejado pasar una gran oportunidad histórica para superar nuevamente su composición de clase limitada. Porque con el colapso del pacto social de posguerra en Estados Unidos hay ahora la posibilidad de romper el lazo que vinculaba los aumentos salariales de la clase obrera en el pasado a la destrucción de las tierras comunales. Estos aumentos salariales han sido definitivamente denegados, el pacto está acabado, el capital sigue operando como si pudiera usar nuestro “espacio vital” para sus defecaciones. Pero los trabajadores rechazan cada vez más el “derecho a cagar” del capital. Por ejemplo, un aspecto importante de la huelga contra ‘International Paper’ en Jay, Maine, es el apoyo de los huelguistas a una ordenanza medio ambiental que literalmente decía a la empresa: “si exigís el control total sobre el proceso de producción dentro de la fábrica, nosotros exigimos el control total sobre el proceso de reproducción fuera de la fábrica.” Este tipo de acción se sitúa en el corazón de una nueva posibilidad de que surja un nuevo movimiento ecologista que rechazara su estatuto angelical y pisara tierra proletaria. Porque si se generaliza la táctica de los trabajadores de Jay, en una lucha que le denegara al capital la posibilidad de cercar y destruir selectivamente la tierra común de forma gratuita, se produciría una verdadera crisis revolucionaria.

Este cambio de rumbo del movimiento ecologista formaría parte de un proceso más amplio que convertiría los Nuevos Cercados en una ocasión definitiva para la unificación proletaria y en una catástrofe para el capitalismo. En la práctica esto significa la creación de individuos y organizaciones capaces tanto de pensar como de actuar global y localmente, que es exactamente lo que hacen las luchas en torno a los Nuevos Cercados. La raíz de este resultado se materializa en las luchas contra los Nuevos Cercados que al mismo tiempo recupera y conserva lugares frente al capital y abre espacios para el movimiento proletario. Esto explica por qué la ideología defensiva del localismo, provincialismo, nacionalismo y racismo resulta tan atractiva actualmente para muchos trabajadores, pues parecen ofrecer cierta protección frente al signo más visible de los Nuevos Cercados a los ojos de muchos de ellos en América del Norte y Europa: la llegada del “otro” trabajador. Pero esta reacción está condenada, y cuanto más lugares queden vedados con señales de “Exclusivamente para blancos”, tanto más se constriñen los espacios para la acción proletaria. En cambio, hay quienes (especialmente en el Tercer Mundo y en los países comunistas) celebran ahora la apertura del espacio proletario para un movimiento que busca escapar de las consecuencias más inmediatas que allí tienen los Nuevos Cercados, la falta de salarios. Pero si no crean lugares contra el capital, al término de sus trayectos, se verán, al igual que los piratas caribeños, continuamente desplazados y finalmente

exhaustos y exterminados.

La tarea concreta de reconstruir una nueva geometría proletaria se está desarrollando en lugares como Nueva York, Boston, Zúrich, Jay, Maine, Pekín y Lagos. Ellos encuentran un lugar y un espacio en este número.

¿El último jubileo?

Pero podemos concluir con esta seca esperanza de una geometría proletaria abstracta, casi paradójica? ¿Estamos infectados nosotros también de la enfermedad antirrevolucionaria posmoderna? Extraña enfermedad, por cierto, pues con el colapso definitivo de los tres pactos sociales básicos de la Tierra se abre un periodo de crisis revolucionaria clásica. Pero aunque en estos primeros momentos el capital está muy desestabilizado, su encanto fetichista aún parece potente. Mientras en derredor nuestro se suceden acontecimientos revolucionarios sin precedentes, los “postistas” saludan el fin de la revolución, el fin de la lucha de clases, el fin del Gran Cuento Proletario o, implícitamente o inversamente, el pleno triunfo del capital. Es hora de ceder el paso a otras palabras y frases en la mágica lucha de clases.

En esta introducción hemos reintroducido algunos términos antiguos, “enclosures” (cercados) y “commons” (tierras comunales). Para terminar queremos rememorar otro más: “jubilee” (jubileo). Puede que a primera vista parezcamos locos. Después de todo, cuando vemos como nuestros camaradas están siendo abatidos, secuestrados, encarcelados y torturados en todo el mundo, la expresión ‘jubileo’ parece incongruente o incluso obscena. ¿Están las cosas para sentir júbilo? Pero ocurre que toda lucha contra los cercados y a favor de las tierras comunales es inevitablemente un llamamiento jubiloso.

El término propiamente dicho proviene del Antiguo Testamento, pero resucitó en dos momentos centrales de la era capitalista. “Jubileo”, en general, se refería a la abolición de la esclavitud, la cancelación de todas las deudas y la devolución de las tierras a la colectividad. Solía ocurrir periódicamente entre los antiguos pueblos de Mesopotamia, incluidos los hebreos. Pero en las postrimerías del siglo XVIII, este término se empleaba en el campo de Inglaterra para exigir el final de los cercados, mientras que al otro lado del Atlántico los esclavos africanos hablaban de “jubileo” para reclamar su liberación de la esclavitud. Así, esta palabra unía los polos de la lucha transatlántica contra el capital en la era pre-marxista ¿Podrá hacerlo de nuevo? Quizá no, pero la energía oculta dentro de la reivindicación del “jubileo” no está ni mucho menos agotada. Al contrario, cuando todos los pactos interclasistas han volado por los aires, la exigencia de recomenzar la historia de la humanidad en común es la fuerza de la que ha de depender el propio capital para crear un auténtico mercado mundial. Es esta fuerza del jubileo la que ha dado pie a este número.

*¡Abajo los Nuevos Cercados,
Es tiempo del último jubileo...!*

Gran Bretaña: Una incesante lucha de clases multiforme

Una situación paradójica

En noviembre del 90, cuando subió a la cúspide del partido conservador, en el puesto de Thatcher y se convirtió en primer ministro, John Major proclamó la “sociedad sin clases” en el Reino Unido. En marzo del 91, a la pregunta: “¿A qué clase pertenece?”, sobre un 96% que respondían, un 65% contestaban “clase obrera” y un 29% de manera clara “de clase media”. Estos reconocían que un abismo les separaba de los desfavorecidos... en cuestiones económicas, distribución de renta, el paro y el “welfare state”. La lucha de clases en la Gran Bretaña de 1992 reside en esta contradicción entre las estructuras político-económicas y la realidad social.

Si se analiza la situación británica en términos tradicionales, encontramos la misma paradoja. Mientras que la mayor parte de los demás países de Europa, ocupados en la aplicación de un programa tendente a disminuir la parte de plusvalía asignada al trabajo para dar respuesta a las enormes necesidades del capital, conocen movimientos de lucha de ámbito nacional, Gran Bretaña se vanagloria de una extraordinaria tranquilidad social: el número de jornadas perdidas por huelgas cayó durante 1991 a su nivel más bajo de los últimos cien años, la primera vez desde 1940 en que cayó por debajo del listón del millón. En el país de la “enfermedad inglesa” en donde las huelgas provocaron por dos veces, en 72-74 y en el 79, graves crisis políticas, en el que los primeros años de los 80 fueron testigos de espectaculares resistencias a las reestructuraciones, los políticos deberían tener de qué defenderse con las perspectivas evocadas por “el final de la lucha de clases”.

La interpretación oficial adelanta que los líderes sindicales y los sindicatos consideran que las huelgas no son ya un medio, ni eficaz ni deseable, para resolver los conflictos del trabajo. Y citan en su apoyo un salto del 40% en la utilización del arbitraje colectivo frente a un 16% en los recursos individuales. Alardean del efecto de las medidas tomadas en el último decenio tendentes esencialmente a prohibir que las luchas de base puedan utilizar las anteriores prácticas del movimiento sindical. Se habría desmantelado así cualquier resistencia activa a las reestructuraciones y se habría erradicado “la enfermedad inglesa”.

Los últimos diez años no han devuelto, a pesar de estos presuntos éxitos represivos, la prosperidad a las islas. El aumento medio anual del PNB desde el 79 es del 0,50%, lo que de ninguna manera garantiza las tasas de beneficio para los capitales. Si no fuera por los recursos petrolíferos y los ingresos financieros de la prosperidad de antaño que, como en un país subdesarrollado, alimentan los gastos del Estado, el impacto de la crisis sería mucho más catastrófico. Sin embargo diez años de “enderezamiento” no han preservado al Reino Unido de un segundo choc todavía más duro que el de principios de los 80: un salto de un millón más en la cifra de parados de 1991 (10% de la población activa, sectores económicos completamente devastados, una lenta degradación de los servicios públicos, el ataque a regiones (el Sud-Este) y a capas sociales (el 29% de las clases medias) hasta entonces preservadas de los efectos de la crisis y de las reestructuraciones y mimadas por los conservadores en el poder.

Las familias con unos ingresos por debajo de la mitad de los ingresos medios han pasado del 6% en el 79 al 20% en el 89; durante el 91 ha habido unos 75.000 embargos de viviendas compradas a crédito. Unas 62.000 personas se han declarado sin domicilio y decenas de millares de otros, nómadas modernos, vagan por las carreteras en caravanas mientras que millares de otros campan cada noche por las calles o parques, principalmente en Londres. Durante este mismo periodo de diez años, los ingresos medios, en cifras reales, han aumentado un 25% pero, mientras el 10% de la población que se halla en lo alto de la escala ha aumentado un 30%, el 10% que se encuentra

por debajo ha visto disminuir sus recursos en un 5%. Gran parte de estos “excluidos” sobreviven en “las ciudades de HLM más sórdidas edificadas durante los años 60 (más de 2.000)... que se han convertido en containers de basura para familias con prioridad” (una proporción muy grande de madres solteras), que no tienen las mismas dimensiones que los ghettos de USA pero que nos ofrecen los mismos síntomas. Los jóvenes buscan el dinero fácil aunque peligroso: robo, droga, mercado negro, etc... Aparte de algunos islotes, la mayoría de estas ciudades las pueblan únicamente blancos sin trabajo regular asegurado (entre 1i4 y 1i3 de parados).

De manera paralela a esta degradación de la vida de una fracción importante de extrabajadores y ligada de manera estrecha a ella, podemos evocar la transformación de las condiciones de trabajo a través de extremos de los que se podría pensar que condicionan más o menos el conjunto de las relaciones laborales. La nueva fábrica Nissan en Sunderland ofrece a sus asalariados, escogidos cuidadosamente, distintas tareas (la flexibilidad) igual de sencillas, repetitivas y específicas de Nissan; el sindicato único AEEU que garantizó, incluso antes de que la fábrica fuera construida, este cuadro de trabajo se halla completamente sometido a la “filosofía Nissan” y no ofrece ninguna posibilidad de enfrentamiento: la aparente “pasividad” de los obreros se explicaría por el miedo al paro en una región especialmente deprimida. Los obreros de Rover (ex British Leyland) han aceptado recientemente un convenio colectivo del mismo tipo muy presionados por los sindicatos. Los estibadores o los mineros, después de las épicas luchas mantenidas contra el desmantelamiento de las estructuras de trabajo para garantizar empleo y salarios se ven reducidos en la actualidad, a través de privatizaciones y cierres, a intentar explotarse entre ellos en unos tipos de cooperativas en las que los antiguos responsables sindicales se ven convertidos en directores de empresa. Estos ejemplos no son otra cosa que la expresión de los nuevos credos patronales sobre la “disponibilidad” total del trabajador y de su adhesión a los objetivos de la producción capitalista. Podríamos citar aquí muchos ejemplos de fábricas pequeñas o grandes en donde la imaginación de los directivos ayudados por los dirigentes sindicales diseña las condiciones de la explotación en vista de las necesidades de la producción óptima para conseguir un provecho máximo.

Una lucha de clases difusa y dispersa

Aunque sea paradójico, esta caída en la crisis y la mediocridad no produce un ataque frontal del capital para intentar recuperar de entre los gastos sociales algo que le permita enderezarse o para reducir la parte de plusvalía que va a los salarios. A pesar de todos los discursos sobre el liberalismo y la no intervención del Estado en el funcionamiento “libre” de la economía capitalista, los gastos del Estado representan el 43% del PNB de los que los gastos “sociales” constituyen una gran parte y no han podido hacer nada para reducirlos. No es que les faltaran ganas, sino por realismo político. De igual manera durante los últimos diez años, a pesar del paro principalmente de las capas bajas de las industrias de base, los aumentos medios de los salarios han sido siempre superiores a la tasa de inflación; a mediados del 92, después de un periodo particularmente negro, el promedio de aumento con respecto al mismo periodo del 91 era de un 7,7% mientras que la tasa mínima de inflación era de un 3,9%. Esta situación era de tal manera preocupante antes de la reciente devaluación de la libra que el reciente congreso del TUC vio como el director del CBI fue a suplicar a la tribuna a los líderes sindicales que hicieran lo imposible para frenar la progresión de los salarios y llevarla por debajo de la de los precios. Era un aviso y hay que pensar que “algo de podrido hay en el reino” para que las más altas esferas económicas y sindicales intenten entenderse de manera tan clara con el apoyo de los media sobre la espalda de los trabajadores; no encontramos equivalente a no ser en periodos de guerra en los

que la salvaguardia del capital nacional necesitaba la “unidad nacional” (debemos añadir de paso que durante estos periodos, los proletarios ingleses se mostraron siempre indisciplinados).

La pregunta a la que nos lleva todas estas contradicciones entre una situación que ofrece las posibilidades de reprimir duramente a los trabajadores y esta imposibilidad de arañar, ya sea los salarios o los gastos sociales, es: “¿En dónde se sitúa la lucha de clases en un país en plena crisis?” No podemos responder a esta pregunta con los criterios tradicionales: ¿dónde encontraremos la respuesta en las huelgas que se han producido? la integración total de los sindicatos del TUC tanto en la base como en la cúspide no puede sino conducir a la visión pesimista de una casi desaparición de las luchas.

Si contemplamos la situación global en Gran Bretaña durante el curso de los años pasados, nos vemos forzados a constatar que la lucha de clases se ha desplazado tanto en su campo principal: la explotación del trabajo asalariado, como en otros campos, que podríamos llamar fuera del trabajo, que implican a trabajadores y/o ex-trabajadores, parados o marginales. Citemos, para situarnos, las luchas parciales de base en la empresa por un lado, el gran movimiento de desobediencia civil que acompañó a la poll tax, los distintos movimientos de los marginales de la sociedad: todos estos movimientos aparentemente distintos ofrecen sin embargo características comunes en lo que respecta a los vectores políticos y sindicales tradicionales y como una especie de embrión de recomposición de una nueva vida social, naturalmente contra el orden establecido, aunque no se reconozca como tal.

Una resistencia de base mal definida

La espectacular caída de huelgas declaradas y registradas disimula mal que, a pesar los malos augurios de la crisis, continua existiendo una lucha de base, más o menos subterránea, utilizando las necesidades presentes del capital para amortiguar la utilización patronal del paro: ya lo he probado más arriba con el ejemplo del aumento de salarios sensiblemente superiores a la inflación. Es difícil situar con precisión los elementos de esta resistencia que engloba los comportamientos individuales en una actitud colectiva frente al trabajo y al paro que modifica la relación de fuerza que se espere de la coacción económica. No son ciertamente los análisis tradicionales de la lucha de clases pero podemos citar el ejemplo para ver cómo funciona esto. El sistema de indemnización del paro se mantiene prácticamente sin cambios, incluso Thatcher declaró al principio de su decenio que intentar reformarlo en profundidad provocaría una explosión social. Una disposición de este sistema prevé la restitución íntegra del alquiler o de la devolución de los plazos de adquisición de la vivienda; combinando varios elementos da como resultado que, según como, en muchos casos es más interesante estar en el paro que trabajando: una pareja con dos niños que tengan un alquiler o devolución de préstamo de 100£ a la semana cobrará menos dinero si coge un trabajo de menos de 260£ por semana que en el paro. Si añadimos a esto un importante *turn over*, el trabajo negro, la falta de personal cualificado (sería largo explicar el subdesarrollo de Gran Bretaña en este punto) la adaptación a un sistema que rige desde hace dos generaciones, se puede comprender la fuerza potencial que representa, de una manera difusa pero muy eficaz, esta relación de fuerza, una parte de la cual se halla en las relaciones directas de trabajo en la empresa. Esto no tiene mucho que ver con la afiliación sindical, que no obstante el montón de nuevas leyes sindicales más restrictivas para el movimiento de base que para las burocracias, queda para 1992 en la tasa del 38% de los asalariados: una encuesta realizada en junio del 92 para un organismo gubernamental, reveló que para el periodo 1979-1990 la ganancia real de los salarios ha subido sólo un 11% en el caso de los trabajadores manuales que se hallan cubiertos por los acuerdos colectivos sindicales, frente a

un 33% para los trabajadores no manuales mucho más numerosos y en su mayor parte no cubiertos por acuerdos colectivos.

Un informe patronal reciente concluyó que Gran Bretaña tenía las peores relaciones sociales de los dos mundos. En el periodo más reciente podemos encontrar muchos de estos movimientos muy localizados, de corta duración, implicando sólo a un número reducido de trabajadores que no hinchaban las estadísticas ya que muchos de ellos no salen fuera de las paredes de las empresas, ya porque se solucionen con amenazas o porque se solucionen muy rápidamente:

-el 12/6/92, 170 científicos británicos que trabajan en el centro de investigación de la fusión nuclear hacen huelga de un día con piquetes en las puertas del centro para reclamar la paridad de sus salarios con los de sus colegas extranjeros. Uno de ellos, expresando el sentir de todos, declaró: “Nunca me hubiera imaginado que un día podía hacer huelga”.

-durante el verano del 92, toda una serie de conflictos de empleados municipales contra un municipio laborista (Newham en la periferia de Londres) contra el despido de tres empleados del servicio de la poll tax; el sindicato NALGO acabó por verse obligado a reconocer la huelga pero se vio en la necesidad de retirarle el apoyo; lo que hizo que la huelga comenzara de nuevo.

-el 7/7/92 una huelga salvaje estalla en los ferrocarriles de la región de Manchester bloqueando durante varios días el tráfico de este sector: en el origen del movimiento parece que hay 4 jefes de tren que protestan porque una parte de su trabajo ha sido confiada a los conductores. A los 4 se les iniciaron los trámites para el despido, pero se desconoce la continuación.

-el 7/8/92 unos funcionarios instalan piquetes durante un día delante una agencia gubernamental regional del País de Gales contra las reducciones de empleo.

-el 21/8/92, 2.000 empleados de un hospital de Londres (Middlesex Hospital) se manifiestan por las calles de Londres contra la reforma del centro que comporta despidos.

-el 4/9/92, 500 electricistas de los astilleros navales Swan Hunter de Newcastle hacen una huelga salvaje de 24 horas contra la formación que se da a los caldereros que los convierte en polivalentes electricistas.

-British Telecom, privatizada en 1984, tiene todavía, después de muchos años de reestructuraciones, 200.000 trabajadores. En mayo del 92 la empresa anuncia un plan de despido de 24.000 trabajadores, se sondea a unos 96.000 para saber si se prestarían voluntarios cobrando de salida indemnizaciones bastante sustanciosas; para gran sorpresa de la dirección 48.000 aceptaron la propuesta lo que provocó enormes problemas porque los que se querían ir no eran los que la dirección quería que se fueran. Este comportamiento antisocial en el que el miedo al paro no funciona de manera disuasiva, los dirigentes lo atribuyen a la “mala moral” o mal ambiente de los trabajadores de BT, lo que puede significar muchas cosas.

Una lucha de clases que se ignora: los marginales

Como todos los ejemplos que acabamos de citar, éste es otro de los aspectos de la “enfermedad inglesa”. Latente en la cotidianidad de las empresas, pero que estalla de forma más espectacular en sectores donde antes no se manifestaba pero que la crisis, los despidos y las distintas marginalizaciones han hecho que se transfiriera del sector productivo a otros sectores fuera de la producción, allí donde se encuentran precisamente los excluidos de la producción debido a su excesiva resistencia a la explotación. En estas luchas, se encuentran con los que se mueven aun en el mundo del trabajo de manera permanente o, cada vez más, de forma ocasional. Como en las empresas, estas luchas son localizadas y parciales, no dependen de ninguna organización,

expresan globalmente este rechazo de la “política” y este arreglarse para sobrevivir del que ya hemos hablado.

La lucha contra la poll tax, siguiendo las grandes luchas sociales del 72-74 y del 79, llevó a una crisis nacional que hizo caer el gobierno Thatcher. Esta desobediencia civil ha sido la única que ha sobrepasado su localismo inicial para tomar una amplitud nacional de una organización en profundidad en la que la espontaneidad hacía difícil la represión. No podemos extendernos en los detalles de esta lucha de la que se ha hablado ya mucho en otros lugares, señalemos sólo que todavía continúa con respecto a los considerables atrasos aún no devueltos y que será el caldo preparado para dar una “cálida” recepción al impuesto local que debe sucederle. Es más una mentalidad de rechazo, de protesta y de lucha de base que ha calado en los últimos años, muy difícil de combatir y de reprimir.

Se habla menos de la organización de la supervivencia y de la resistencia en los casi 2.000 barrios que jalonan la urbanización ghetto en las ciudades británicas. Sólo cuando la represión policial al intentar controlar la extensión activa de estos ghettos provoca explosiones locales tan breves como violentas. En estos momentos, la obsesión de los dirigentes reside en crear escuela para que un movimiento más generalizado se levante en todas partes en las que las condiciones de supervivencia son similares. Es un poco lo que sucedió el verano pasado en la región de Manchester en la que distintas ciudades-satélite fueron escenario de enfrentamientos “no motivados” después que una primera intervención local de la policía se convirtió en una batalla de calle de varios días. Lo más interesante en estas luchas no reside en este aspecto espectacular ocasional, sino la recomposición cotidiana de una manera de supervivencia marginal, en las que la práctica del juego va del brazo con las prácticas ilegales. Uno de los elementos principales es la utilización de coches, robados para los “rodeo” espectáculo en los barrios, como instrumentos de pillaje en los almacenes, como ingenios para ahuyentar a la puma se utilizan todas sus posibilidades: un aprovechamiento sistemático de la civilización del coche. Es la extensión de estas prácticas en los barrios prohibidos a la policía lo que provoca su intervención puntual y las violentas reacciones de resistencia. Esta extensión del conflicto del que hablamos puede tomar distintas formas, como el sabotaje sistemático diario de la línea de tren Londres-Edimburgo, o los robos con pedido en los supermercados desafiando de manera sutil los medios de protección cada vez más sofisticados.

Otras prácticas marginales de gran dimensión se desarrollan en otros sectores mediante la conjunción nueva de una proliferación de grupos musicales clandestinos y de decenas de miles de estos errantes modernos de las caravanas en la que se hallan una parte de los sin-casa itinerantes por las fronteras de las Islas. Los espacios comunes, los almacenes abandonados, los inmuebles vacíos constituyen el lugar de encuentro de decenas de millares convocados por el boca a boca en estos “*free raves*” rechazando cualquier comercialización. Se deduce de aquí un cierto tipo de vida alternativo que integra los recientes avatares de la técnica en un intento creador. La policía y muchos sedentarios locales les dedican una persecución sin fin.

Todas estas formas de lucha producidas por una sociedad con una profunda crisis parecen desarrollarse en distintos ámbitos. Pero como a menudo los viven los mismos actores o los actores de una de estas escenas de lucha pueden fácilmente pasar, debido a las distintas vicisitudes económicas, de una escena a la otra, son testimonio de una profunda transformación de las mentalidades no sólo frente a los valores del sistema sino, más importante todavía, mediante las prácticas que minan de manera más eficaz el funcionamiento del capitalismo. La imposibilidad para los partidos, cualesquiera que sean, o de los sindicatos reagrupados en el TUC de encontrar una solución creíble de recambio testifica una impotencia frente a este problema

global. La reciente devaluación de la libra representa la vieja manera del capital de recuperar brutalmente para sí una fracción de la parte de plusvalía que va a los trabajadores. Un ataque de estas características en condiciones de vida ya mediocres y la consiguiente organización de la supervivencia no pueden sino conducir a nuevas explosiones de las que no se puede saber dónde ni cuando se producirán o si se unirán a una lucha más amplia como fue el caso reciente de la poll tax o anteriormente en las luchas obreras.

Una reacción de este tipo parece emerger contra el brutal cierre de 30 pozos de mina (la mitad de los que hay en activo), el despido de 30.000 mineros que conlleva el paro para más de 100.000 trabajadores. Esto, sobre un telón de fondo de un continuo cortejo de despidos, cierres y bloqueos de salarios. La amplitud de la crisis política que ha surgido de manera brutal refleja la profundidad de las reacciones que, de manera contraria a las crisis precedentes, abarcan a la totalidad de los trabajadores, reuniendo en el mismo combate de clase incluso a los hermanos enemigos del sindicato amarillo UDM y los del NUM. No son tanto las manifestaciones previstas, cualquiera que sea su amplitud y violencia, las que cambiaran la quiebra de este fracaso de la economía capitalista y del Estado sino el curso que tomen estas resistencias multiformes que se hallan en el corazón mismo del fracaso de doce años de un “monetarismo” que debía enderezar el capital británico poniendo en vereda a sus proletarios y que no ha hecho más que transformar sin resquebrajarlo el frente global de las luchas.

H.S. 10/92.

El movimiento negro y Malcolm X

Entre 1910 y 1970, seis millones y medio de Negros dejaron el sur rural de Estados Unidos para ir a las zonas urbanas e industriales del norte y noreste, uno de los mayores movimientos de población de la primera mitad de siglo. La mayoría de estos emigrantes dejaban detrás las plantaciones de algodón del Delta del Mississippi, “liberados” del trabajo agrícola por el desarrollo de la mecanización. Abandonaban su modo de vida económica y social en busca de un mundo nuevo. Es así como, entre 1910 y 1960, la población de Chicago pasó de 40.000 a un millón y medio de personas. En el tiempo de un viaje en el tren Illinois Central se pasaba bruscamente de una sociedad regida por normas heredadas del esclavismo a una sociedad estructurada según las leyes del capitalismo industrial moderno. Es el eco de esta época (a la vez dolorosa y liberadora) lo que se encuentra en los blues de Muddy Waters así como en las novelas del gran escritor negro Richard Wright. Pero si bien, durante la primera época, los recién llegados fueron rápidamente integrados en el proletariado urbano industrial, hacia finales de los años cincuenta el ralentecimiento de la industrialización y la degradación del mercado de trabajo provocó la oposición de los “instalados” hacia los que intentaban conseguirlo. Las formas de exclusión y marginación se acentuaron. La situación se fue haciendo poco a poco explosiva sobre todo en lo referente al tema de los alquileres. Los nuevos temas de los blues lo testimonian: se viven tiempos difíciles Trough times, como cantaba John Brim.

Fue durante esa época en que la secta de los Black Muslims (los Musulmanes negros) de Elijah Muhammad se creó y extendió hasta el punto de convertirse, en los años cuarenta, en una de las más pujantes organizaciones de la comunidad negra de Detroit y Chicago. Malcolm X se adhirió en 1952. Este partido religioso predicaba una curiosa teología: Dios es negro y los blancos son los creadores del Diablo que ha tomado posesión de la tierra provisionalmente (¡por supuesto!). Esperando “le Grand soir” y la reconquista del planeta por la raza elegida, los dirigentes de los Black Muslims debían someter a los fieles a una disciplina estricta a fin de arrancar mejor los fondos necesarios para la financiación de un pequeño capital privado en los barrios negros (comercios e inmobiliarias). Accesoriamente y sin mucho entusiasmo, también debían preparar a las masas para un eventual retorno a África.

La Nación del Islam (nombre de la organización profética que reagrupaba a los fieles) reclutaba esencialmente mediante jóvenes Negros que llegaban del sur rural y experimentaban crecientes dificultades para integrarse en una comunidad ya estructurada por las relaciones industriales. Una comunidad en la que, por añadidura, los vínculos religiosos se desarticulaban en beneficio de nuevas solidaridades engendradas por la condición proletaria: sindicatos y asociaciones de barrio.

La mitología de un Dios negro y de la raza negra pura, las aspiraciones secesionistas, la fantasía del “retorno a África” o el proyecto de un capitalismo negro no eran, sin embargo, ideas nuevas. Ya circulaban en la comunidad negra (sobre todo entre sus elementos más cultivados) desde finales del siglo XVIII, incluso antes de la abolición de la esclavitud en los Estados del Este (1777-1784). En los años veinte de este siglo, Marcus Garvey organizó en Harlem (New York) un amplio movimiento de masas en torno de estas ideas que influenciaba a millones de personas. Pero desacreditado por sombríos asuntos de corrupción (como más tarde los Black Muslims) su partido religioso se descompuso rápidamente. La idea separatista de Garvey fue, poco tiempo después, retomada de forma inesperada, por un protagonista muy activo en ese momento en la escena política norteamericana: el Partido Comunista. Entre 1929 y 1934, éste adaptó la línea estalinista de la III Internacional sobre la “cuestión nacional” a la situación de los Negros ¡proponiendo la creación de un Estado Negro independiente en el sur del país! Posición tanto más extraña si tenemos en cuenta que el Partido Comunista contaba mucho esa época en la vida de los barrios negros y en la actividad sindical de los trabajadores negros. Durante los años de la gran depresión, el partido estaba bien implantado en los barrios negros de las grandes ciudades industriales. En Chicago, incluso el gran periódico negro Chicago Defender se aproximaba a las posiciones comunistas. Pero una vez más la propuesta separatista revelaba ser una recuperación política de aspiraciones populares confusas. A lo largo de la segunda guerra y en nombre de la sagrada alianza antifascista, el Partido Comunista se dedicó abiertamente a la defensa del sistema americano y a los sacrificios necesarios para su consolidación. No dudó en apoyar la acción de la policía en la represión de los motines de Detroit y Harlem de 1943. Estas prácticas desvelaron su desprecio por las revueltas de los negros y apartaron de la acción política a buen número de militantes negros. El activismo de los grupos religiosos, como los Black Muslims, se reforzó con ello.

Daniel Gudrin, uno de los pocos libertarios que se ha interesado en Francia sobre la riqueza del movimiento social norteamericano, comprendió muy bien los aspectos contradictorios del

separatismo negro (1). Aun reconociendo que “la segregación confiere a la minoría negra de Estados Unidos una conciencia de raza que se convierte muchas veces en chauvinismo”, Guérin explicaba: “Esta conciencia de raza se manifiesta a menudo por la obsesión de evadirse del ghetto, de encontrar en alguna parte un refugio”(2). En resumen: el separatismo es una manifestación del desespero y derrotismo ante la fuerza del racismo en la sociedad. Es la expresión de un deseo de huida ante la imposibilidad de integración.

El separatismo secesionista tardío predicado por los Black Muslims apelaba ampliamente a las frustraciones de los negros al descubrir que el racismo había sobrevivido al fin de las relaciones sociales rurales nacidas del esclavismo. Se había convertido en un componente vivo y esencial del capitalismo industrial y de la vida de las grandes metrópolis. Aun así, la idea de un retorno a África parecía a la mayoría como una fantasía irrealizable. La mayor parte de los militantes extraían de la corriente pan-africana los elementos de orgullo; otros, por contra, veían en ello una táctica cuya meta era el alejamiento de la lucha por la igualdad social en el interior de la sociedad americana. Retomemos un dicho que corría entre los Negros que dejaban el Delta durante los años treinta: “¡Los Blancos desean nuestra partida a África pero para nosotros Chicago está lo suficientemente cerca!”(3)

¿Cómo coordinar los valores de una conciencia de clase tardía con los de la lucha contra la opresión racial? A causa de su propia historia, el proletariado negro norteamericano ha tenido siempre dificultades para afrontar esta contradicción. Esto entraña un sentimiento explosivo, oscilante entre el “sueño” del nacionalismo separatista y el “instinto radical” del que hablaba Guérin. “En el fondo, ellas (las masas negras) también desearían integrarse en la sociedad americana (...) pero sienten que esta integración sólo puede efectuarse mediante una operación quirúrgica”. Es por ello que “ellas continúan como adversarios irreconciliables del mundo blanco”(4). La originalidad de Malcolm X fue, justamente, conseguir superar el “sueño” de la secesión como un momento de desespero e impotencia. Logró romper con esta corriente reaccionaria y plantear la cuestión negra en términos de “operación quirúrgica”. De ahí su oposición irreductible a los defensores de las vías no violentas: Martín Luther King Jr., particularmente. Malcolm X veía la violencia racial como un componente constitutivo del sistema americano y consideraba la no violencia como una actitud irracional. Hasta el final, insistió incansablemente sobre esta diferencia. Esto constituyó, indiscutiblemente, el aspecto de su pensamiento que más influenció a las corrientes radicales de los años sesenta y setenta. Le Black Panthers Party (el Partido de las Panteras Negras) se convirtió en la más conocida de todas. Hoy, Malcolm X sigue siendo la referencia incuestionable para los que en los ghettos tratan de reanudar la oposición al sistema. Él representa el respecto a uno mismo y la dignidad; la voluntad de lucha contra la sumisión y la fatalidad.

Si la ideología nacionalista de los Black Muslims no pudo en el pasado dar una respuesta a la emancipación de los Negros, aun aparece hoy más inadaptada para la salvación de las clases pobres negras. La crisis actual del capitalismo y la interrupción brutal de la integración de los Negros en el proletariado industrial, ha hecho aun más irresoluble el problema negro en el marco de la sociedad americana. De la esclavitud a la exclusión destructiva, pasando por un corto periodo intermedio de proletarización, sería el resumen en una frase del trágico ciclo de la historia del pueblo negro americano. Para los negros que viven, desde hace dos o tres generaciones, en los ghettos de las grandes ciudades, la idea del separatismo no puede ser

recibida como una propuesta de evasión, de sueño. ¡Desde ahora deben resistirse, en su sitio, a la destrucción programada por el sistema! Teniendo en cuenta el siniestro estado de las comunidades pobres y de la represión que se abate sobre ellas, la sola reivindicación de los nacionalistas negros que aun puede mantener las ilusiones es la creación de un pequeño capital negro... En todo caso, se trata de un proyecto que acaricia con esperanza la elite negra en honor de sus pobres. En un océano de miseria e injusticia social, el pequeño comercio es el sucedáneo del sueño americano en los ghettos. (5)

Dirigiéndose un día a los que le criticaban, Malcolm X había dicho: “¡claro que soy un extremista! ¡enséñeme un Negro americano que no sea extremista y yo le mostraré a uno que se siente mal en su propia piel!” Las condiciones de sobrevivencia del pueblo negro pobre son tales que la burguesía negra no deja de sentirse incómoda. ¡Spike Lee entre ellos! Más allá de las diferencias y desacuerdos (que son muchos), en lo que se refiere a la insumisión al orden capitalista nos sentimos unidos a Malcolm X y nos interesa su vida de lucha.

Charles Reeve

Publicado en Le Monde Libertaire, abril 1993

- (1) Daniel Guérin. *Oú va le peuple américain*, Paris, Julliard, 1951
- (2) Idem.
- (3) Ver el reciente libro de Nicholas Lemann, *The Promised land* (New York, Vintage Book, 1992), relato apasionante sobre la migración de los negros desde el sur rural hasta el norte industrial. Es necesario recordar que para el Ku Klux Klan el retorno de los Negros a África era considerado igualmente como una de las “soluciones” al problema negro. Existía una convergencia política con las organizaciones separatistas que fue denunciada por Malcolm X justo antes de su asesinato.
- (4) Daniel Guérin, op. cit.
- (5) Esta idea subyace en los films de Spike Lee.

Correspondencia

Desde JAPÓN

Japón en un “impasse”

Quisiera hablaros de la situación japonesa, empezando por hacer algo de historia. En el año 1868 se destruyó el sistema feudal. La economía basada en la agricultura fue superada por el desarrollo de la economía del comercio. Japón ya

estaba dentro del sistema de economía internacional debido al inicio de intercambios con los países occidentales. Además, China se hallaba casi colonizada por las potencias occidentales y Japón en claro peligro de ser colonizado. El establecimiento del nuevo sistema era absolutamente necesario para evitar la catástrofe económica y salvaguardar la independencia.

Los burócratas, grupo constituido principalmente por ex-samurais de baja alcurnia y por la burguesía emergente, tomaron el poder. Su tarea consistía principalmente en mantener la independencia, desarrollar un país atrasado y, para lograrlo, lo occidentalizaron. Los nuevos dirigentes se esforzaron en introducir instituciones y técnicas occidentales. Se creó una constitución, parlamentarismo, un sistema burocrático e industrial, fábricas textiles, de acero, un ejército, etc. y se introdujo también un sistema de educación nacional.

De esta manera empezó la occidentalización de Japón, pero lo que se perseguía no era tanto el espíritu occidental que se identifica con democracia o derechos humanos, lo que quería Japón era únicamente las técnicas industriales y militares. Desarrollar la industria, ampliar su fuerza militar para oponerse al imperialismo occidental fue el objetivo de Japón que decidió convertirse en un nuevo país imperialista. Japón ambicionó los mercados de Corea y de China y los sometió a presión militar. Llegaron las guerras contra China y Rusia. Japón las ganó, por lo que reafirmó su camino hacia el imperialismo.

En los años treinta los militares tomaron el poder, lo que se tradujo en la instauración de un sistema totalitario. En la base de esta transformación estaba la corrupción de los burgueses y de los políticos parlamentarios. Los militares intentaron solucionar los problemas de Japón (constreñimiento del mercado, pobreza económica, sobrepoblación, dificultad para la obtención de materias primas), ampliando la potencia militar en Asia. Oponiéndose a los americanos, ingleses, franceses y holandeses, llegó la segunda guerra mundial.

En verano de 1945 Japón fue vencido. Esta derrota cambió profundamente al país. Fue ocupado por el ejército americano. EE.UU. prohibió cualquier intento de creación de un ejército japonés al mismo tiempo que ensayaba reformas “democráticas” para minar la capacidad militar e industrial de Japón. Pero no pudieron acabar de llevar a la práctica este intento ya que en 1950 empezó la guerra de Corea. Los americanos se vieron obligados a reprimir los movimientos de masas y a servirse de las antiguas fuerzas (Gran capital, burocracia, etc...) para convertir a Japón en una base anticomunista. Se salvaron las grandes empresas. Los beneficios que reportó la guerra se convirtieron en un motor para reconstruir y desarrollar la economía japonesa.

Fue en este momento cuando los dirigentes japoneses escogieron su modelo de estado. Se trataba de renunciar a la fuerza militar, situarse bajo la tutela política de los EE.UU. y perseguir únicamente intereses económicos. Desde entonces,

desde hace cuarenta años, esta línea fundamental no ha cambiado. Japón se ha concentrado únicamente en conseguir la eficacia económica. Aparentemente esta orientación ha llevado al éxito. Japón se ha convertido en un gran país económico. Pero, en realidad, el Japón de hoy se halla en un “impasse”:

Primero. La actitud de Japón no es aceptada internacionalmente. Por ejemplo, se está ocupando más del 30% del mercado del automóvil de los EE.UU. y esto va más allá de las posibilidades de generosidad de los americanos. Por todos lados encontramos conflictos económicos parecidos, como el existente con Europa. Así pues, Japón no puede ir detrás sólo del interés económico y debe poseer una opinión política propia y asumir una responsabilidad internacional. Pero, ¿qué política? o ¿qué responsabilidad? A los dirigentes japoneses, miopes, que sólo se han interesado por la economía, les es imposible encontrarla.

Segundo. A nivel interno, se encuentra también en un “impasse”. Hay muchos signos que muestran que la actual línea es insostenible. Por ejemplo, la mentalidad que se basa en la actividad de la empresa está desapareciendo. A este respecto convendría una explicación.

Antes de 1868 una de las virtudes más importantes que debían poseer las capas populares era la fidelidad al sector local. Pero los dirigentes políticos después de 1868 vieron necesario destruir esta fidelidad. Se acentuó la fidelidad al emperador, un solo señor. Esto constituyó la base del sistema totalitario japonés introducido en las capas populares mediante el nuevo sistema de la educación obligatoria y del ejército nacional. Encontrar el sentido de la vida en la fidelidad a alguien, era algo tradicional para los japoneses (tradición confucionista).

Pero después de la derrota de 1945, el emperador que ya no es el príncipe absoluto, se ha convertido en un simple símbolo de la nación. Casi ha desaparecido la fidelidad hacia su persona. En su lugar, las empresas se han convertido en objeto de fidelidad. Esta mentalidad ha servido al desarrollo económico. Pero va a desaparecer. Esta fidelidad no es más que un anacronismo en los tiempos que corren. Una nueva mentalidad aparece en el seno de la sociedad de consumo que han hecho nacer las grandes empresas, en la que predomina la actitud que prefiere el disfrute y penetra principalmente entre los jóvenes, lo que va a destruir la base del capitalismo.

Entre las capas populares el descontento con lo existente empieza a crecer. Estos más de 40 años desde la Guerra han significado para Japón una historia de integración en la línea del desarrollo económico. En la medida en que esto ha ayudado a subir el nivel de vida, la vieja teoría de izquierdas se revelaba inútil y la actividad de las gentes de izquierdas sin resultados importantes. Pero es en el seno de estas capas populares que hasta el presente estaban con los dirigentes, donde hallamos ahora el descontento.

La gente se pregunta: ¿Para quién es el desarrollo económico? La seguridad

social y la inversión social es mucho menor que en Europa. Las tasas de distribución del trabajo son peores. Se deben trabajar muchas horas para la casa, la educación de los hijos y la vida después de la jubilación. La riqueza se concentra en las grandes empresas. Esta situación se refleja en el descontento popular. Por otro lado la gente empieza a preguntarse si los objetos que nos ofrece la sociedad de consumo: televisión, vídeo, coche, ordenador, etc., constituyen la verdadera riqueza para la vida humana. Esta duda no es más que un germen, pero que va a minar la base del capitalismo moderno.

Además, si queremos mirar a más largo plazo, la sociedad japonesa va a descomponerse.

Se habla del límite ecológico que conlleva la sociedad de producción en masa y el consumo en masa, uno de cuyos paradigmas es Japón. Es verdad y no hay que dejar de decirlo. Pero al mismo tiempo hay que denunciar que esta sociedad está destruyendo la base de la vida humana y social. Llevando las cosas al límite, podríamos decir que si se quiere hacer algo en Japón, basta con apretar un botón. Los hombres no tienen ninguna necesidad de utilizar su fuerza física o mental en ningún ámbito ya que las máquinas o la energía lo hacen todo por los hombres. Por consiguiente, se inicia la decadencia de la capacidad humana, física y mental. Por otro lado la vida moderna separa un individuo de otro, excluyendo la relación directa entre los hombres, por lo que va en aumento la cantidad de gente que no puede establecer un contacto normal con los otros. La vida moderna se caracteriza por la organización del espacio externo. Los individuos no son más que un instrumento para llenar más rápidamente un objeto. Se pierde el tiempo si se intenta obtener una madurez como hombre original.

A través de estos signos se puede constatar cómo la sociedad japonesa está empezando a descomponerse. Ante esta situación mucha gente tiene conciencia de la crisis, pero nadie da una solución clara. En mi opinión, para salir de este "impasse" haría falta una transformación fundamental a dos bandas:

Por un lado, un renacimiento de la democracia. Todas las decisiones que deban tomarse a cualquier nivel deben ser decididas por los propios interesados. Y todas las cosas, sin ningún tipo de excepción y siempre, deben poder reconsiderarse. Si se dan estas dos premisas en todos los ámbitos de la sociedad, hay que destruir la dominación minoritaria de las capas de dirigentes que son responsables de la crisis social de hoy.

Por otro hay que crear un nuevo estilo de vida distinto del de la sociedad de consumo. Sobre como sería este nuevo modo de vida, nadie por el momento puede dar de entrada una concreción precisa ya que debe ser creada por todos los individuos que componen la sociedad.

Mi punto de vista es que la vida en el futuro dependerá mucho menos de las máquinas o de la energía y será mucho más artesanal.

Características del Capitalismo Japonés

Lo más característico es la función del Estado y de la burocracia en el desarrollo del capitalismo. No se puede esperar de los países atrasados una formación autónoma del capitalismo. Para que nazca y se desarrolle, el capitalismo o la industrialización, debe de estar dirigido y ayudado por el Estado, lo que sucedió en Japón desde 1868.

Otra de las características del capitalismo japonés reside en la debilidad de la democracia en las empresas. Los obreros japoneses poseen el derecho de organización, manifestación y de huelga. Pero estos derechos son fruto de las reformas “democráticas” impuestas por la ocupación americana. Podemos decir a modo de síntesis que, para los obreros japoneses, no se trata de derechos de los obreros obtenidos por sus luchas. Se trata de la debilidad mayor de los movimientos obreros en Japón que tiene su reflejo en la vida de las empresas. Un ejemplo de esta debilidad lo tenemos en la permisibilidad de jornadas muy largas de trabajo.

Influencia de la occidentalización

En el ámbito del trabajo la influencia occidental se traduce en la desaparición de trabajos artesanales y en la especialización del trabajo. Japón había sido un país muy rico en el ámbito artesanal. Pero en la actualidad casi ha desaparecido. Los trabajos vienen organizados desde fuera y lo que uno debe hacer es un trabajo muy parcial y monótono. En resumidas cuentas, casi han desaparecido la libertad y la originalidad de los trabajadores.

Influencia del modo de vida occidental en la vida cotidiana tradicional

La respuesta a esta pregunta es muy sencilla: las costumbres tradicionales desaparecerán en todos los ámbitos: alimentación, vestido y vivienda.

Ya casi no se come una cocina totalmente tradicional sino una cocina mezclada: japonesa, china, europea, etc. En los restaurantes de las grandes ciudades podemos encontrar incluso “paella”.

Fuera del campo o de una ciudad muy tradicional como Kyoto, es muy difícil encontrar gente vestida con kimono (vestido tradicional); la gente se viste normalmente como los occidentales. En algunas partes de las grandes ciudades o del campo podemos ver todavía casas tradicionales de madera, pero cada vez es más difícil construirlas ya que es muy caro y por otro lado ya no hay carpinteros

tradicionales. Se construyen viviendas occidentalizadas.

Si la característica del modo occidental es la dependencia de la máquina, Japón es uno de los países más occidentales. Por otro lado, la generalización del uso del reloj produce una vida acelerada: ritmo de vida muy rápido y controlado desde fuera.

Desde VALENCIA

La situación italiana

Los recientes acontecimientos políticos ocurridos en Italia, seguramente ha sorprendido a muy pocos habitantes de ese país. La crisis del Estado italiano se venía arrastrando desde hacía mucho tiempo y en cualquier momento podía alcanzar un punto de ruptura. Esto casi todo el mundo lo sabía.

Las reflexiones que siguen son producto de la intuición, más que el resultado de un proceso de análisis científico; por ello deben ser tomadas como un ensayo de interpretación desde un punto de vista muy particular. Opino que la peculiar forma de construcción del Estado italiano está en la base de un proceso que con diferentes vicisitudes ha llegado al resultado actual, que aparece desconcertante si no se tienen en cuenta ciertos aspectos del desarrollo de la sociedad italiana.

En 1980 se publicó en Italia un pequeño estudio del economista Andrea Saba sobre la economía sumergida en este país. Un año más tarde era traducido al castellano con el título de “La industria subterránea. Un nuevo modelo de desarrollo”. Los prologuistas de la edición española, Enric Sánchez y Josep Picó apuntaban que “en ciertas zonas de Italia, precisamente en las que gozan de una tradición libertaria más rica, obreros cualificados están abandonando sus sólidos empleos en las grandes corporaciones modernas para organizar pequeñas unidades productivas que son auténticos laboratorios de pruebas de formas muy avanzadas de cooperación obrera y de autogestión. Y lo verdaderamente importante es que por primera vez en la historia de la humanidad se consigue casar la ideología anticapitalista con una eficiencia empresarial superior a las esclerotizadas unidades productoras convencionales; son las formas sumergidas las que están levantando la tasa de crecimiento y manteniendo la participación italiana en el mercado internacional (págs. 15-16).

El propio autor, en la introducción a su estudio, aseguraba: “Precisamente el hecho de que una forma compleja y extendida de producción industrial deba desarrollarse de manera sumergida y de que en el sexto país industrial del mundo no se llegue ni siquiera a conocer la entidad de la renta nacional, desvela una componente ‘libertaria’ de la producción sumergida (...). Estamos, pues, frente a un caso concreto de ‘deterioro del Estado’, lo que, según Saint-Simon, es la condición necesaria para la construcción de un socialismo autogestionario”

(págs. 22-23).

El anarquismo bakuninista tiene su cuna precisamente en la península italiana. El posterior giro hacia el anarcosindicalismo malatestiano y la rapidez con la que éste se propagó por toda la superficie del país y enraizó con fuerza en algunas zonas del centro y el norte –la Toscana, la Emilia-Romagna y le Marche, principalmente– nos puede dar una idea de la importancia del anarquismo italiano.

Dado que esta ideología política se basa fundamentalmente en la actitud crítica del individuo frente a la sociedad y sobre todo en el rechazo a cualquier tipo de autoridad y por ende del Estado como su expresión máxima, sus formas organizativas deben estar necesariamente acordes con el objetivo de la supresión definitiva de la autoridad.

Con todos los errores y contradicciones que se quiera, el anarquismo italiano intentó llevar a la práctica estos presupuestos básicos. Sus resultados no han sido jamás espectaculares: no ha protagonizado nunca un “movimiento de masas” o una revolución, como sucedió, por ejemplo, en España en 1936. Pero cabría preguntarse si ello es posible partiendo de los presupuestos anarquistas. Si la “eficacia revolucionaria”, de la que tanto se habló, sobre todo tras el triunfo bolchevique en la Rusia de 1917, tiene algo que ver con el anarquismo.

Estoy absolutamente convencido que la propaganda y la práctica anarquista en Italia ha ejercido una influencia muy importante en algunas zonas de la península y ha orientado ciertas actitudes de rechazo al Estado y a todo lo que ello representa.

Los italianos han demostrado de modo palpable que puede vivirse sin Estado o incluso más, que puede vivirse “a pesar del Estado”. Un paso muy importante en ha lucha contra éste es la generalización de la idea de que la autoridad no es en absoluto necesaria; y esta idea en Italia está muy difundida.

Resulta también evidente, por otro lado, que al Estado le importa bien poco si los individuos que componen la sociedad sobre la que actúa, lo creen o no necesario. Intentará igualmente imponerse por todos los medios a su alcance, como por otra parte ha hecho siempre.

De todos modos, tanto si estoy en lo cierto coma si mi idea sólo se basa en puras especulaciones, es casi seguro que no sería desdeñable un estudio de los acontecimientos actuales desde la perspectiva del rechazo a la autoridad por parte de un núcleo consistente de la sociedad; de la desafección del individuo hacia unos proyectos con los cuales ya no se siente identificado y que a lo sumo los sufrirá, pero que en nada contribuirá a su sostenimiento.

Paco, mayo 1993

Hemos recibido...

EL CIELO POR ASALTO, nº 3 Verano 1991/92. Sánchez de Loria, 1821 (1241) Buenos Aires, Argentina.

Revista argentina que combina artículos traducidos y otros producidos localmente sobre problemáticas propias. Partidaria de la crítica teórica socialista como un método de sobrevivir a los profundos cambios que se están operando a nivel mundial, plantean la problemática de la teoría y la práctica y la forma de tender puentes entre ambas esferas.

En este nº 3 tratan en dos dossiers sobre la “Crisis y futuro del Socialismo” (en los artículos “El Golpe en la URSS y el eclipse de Gorbachov”, de Perry Anderson, y “Hacia varios socialismos” de Raymond Willians), y “Socialismo y (pos) modernidad” con autores como Adolfo Sánchez Vázquez, Fredric Jameson, Kate Soper y Jacques Bidet. Además profundizan en el tema de la modernidad por medio de un debate entre Bidet, Callinicos y Bensaid.

También tratan en un largo artículo sobre “La transición hacia la democracia en América Latina: problemas y perspectivas”.

PROCESSED WORLD, nº 30. 1093 Market St. #209, San Francisco. CA 94103. EUA.

Revista realizada por trabajadores del sector terciario en el área de San Francisco. Crítica de la tecnología, autoritarismo, discriminación (racial, sexual, etc.) en las relaciones laborales y en la vida cotidiana. En este número se aborda la militarización de la sociedad (proliferación de guardias jurados) y la criminalización de grupos cada vez más amplios de la población; la Cumbre de la Tierra (mantenida por los representantes de los gobiernos de todo el mundo en Río de Janeiro), crítica del trabajo y de la producción, capitalismo, racismo y entropía. Además, entrevistas, cuentos, poesía, cómics y una surtida correspondencia de los lectores.

FIFTH ESTATE, Otoño 92. 4632 Second Ave. Detroit. MI 48201.

Entre otros artículos: 1492-1992. El otoño de los 500 años del imperio; Pornografía y placer. Además, una amplia correspondencia sobre Perspectivas anarquistas sobre el SIDA, desacuerdo entre redactores y lectores, y Marxismo y

ecofeminismo: un intercambio. Análisis e informaciones desde un posicionamiento ecologista radical.

NEWS & LETTERS, nov. 92. 59 East Van Buren, Rm, 707. Chicago. IL 60605. Abundante información sobre huelgas, movilizaciones antirracistas en los Estados Unidos, así como otras luchas de emancipación en Asia, África y América Latina.

“SABOTAJE EN LOS CENTROS DE TRABAJO AMERICANOS”. Anécdotas de la insatisfacción, trucos y venganzas. Editado por Martin Sprouse. AK Press, 3 Balmoral Place, Stirling, Scotland FK8 2rd, Gran Bretaña.

Después de su experiencia en el departamento de expediciones de una revista de San Francisco, el autor tuvo la ocurrencia de recoger las mil y una maneras de escurrir el bulto, escaquearse y reapropiarse de los valores de uso (teléfono, herramientas, etc.) por parte de quienes se hallan sometidos a la condición asalariada en cualquiera de los sectores de actividad económica (industria o servicios).

El libro se articula a base de entrevistas en las que se puede encontrar desde camioneros hasta azafatas de avión, guardias de seguridad de hoteles o trabajadores inmigrantes. Los testimonios recogidos provienen de todo el territorio norteamericano y de gente de todas las edades (de veinte a sesenta y cinco años). Cada cual explica sus experiencias laborales cotidianas y los trucos que se monta para hacerlo más llevadero o, simplemente, para vengarse de los jefes y la empresa. Así se describe un catálogo de pequeños sabotajes –que el autor define, como “todo aquello que se supone que se debe hacer en el trabajo y no se hace”– y de resistencias espontáneas, a la vez que presenta un cuadro de lo que son las relaciones laborales actualmente imperantes en los Estados Unidos.

DIALOGO EN EL INFIERNO ENTRE MAQUIAVELO Y MONTESQUIEU

Maurice Joly. (Muchnik Ediciones, 1974) (*)

Tarde (el libro es escrito en 1864) pero creemos que muy oportunamente (la actual movida

electoral en España) damos noticia de este clásico de la crítica de la política.

En este periodo de eslóganes y matchs publicitarios en pro de la democracia realmente existente, no viene mal recordar su actual realidad despótica. La simple constatación del escaso margen de autonomía en nuestras vidas cotidianas nos ilustra sobradamente del despotismo de la Economía a cuyo programa sirven todos los partidos.

Hace ahora 130 años, Maurice Joly, analizaba los mecanismos del poder en la Francia del segundo Imperio con Napoleón III, y lanzaba una requisitoria sobre el complot totalitario contra la perversión autocrática de la democracia.

Sirviéndose del recurso retórico de hacer dialogar a Maquiavelo (el déspota autor del “Tratado del Príncipe”) con Montesquieu (padre de la democracia con “El Espíritu de las Leyes”), Joly argumenta como es precisamente aprovechándose de la democracia como puede llegarse a instaurar el poder despótico. No suprimiéndola sino sirviéndose de ella; dominación más sutil y eficaz que la burda represión despótica.

Así responde Maquiavelo a Montesquieu en el cuarto diálogo:

“No habrán de transcurrir dos siglos antes de que esta forma de gobierno, por vos admirada, sólo sea en Europa, una reminiscencia histórica. (..) ¿Qué le importa al proletariado, inclinado sobre su trabajo, abrumado por el peso de su destino, que algunos oradores tengan el derecho de hablar y algunos periodistas el de escribir? Tales derechos, cuyo goce ideal la ley les reconoce, y cuyo ejercicio real les niega la necesidad, no son para ellos otra cosa que una amarga ironía del destino. Os digo que un día el pueblo comenzará a odiarlos y él mismo se encargará de destruirlos, para entregarse al despotismo.”

Y continúa en el séptimo:

“No se trata hoy en día, para gobernar, de cometer violentas iniquidades, de decapitar a los enemigos, de despojar de sus bienes a nuestros súbditos, de prodigar los suplicios; no, la muerte, el saqueo, los tormentos físicos sólo pueden desempeñar un papel bastante secundario en la política interior de los Estados modernos... En nuestros tiempos se trata no tanto de violentar a los hombres como de desarmarlos, menos de combatir sus pasiones políticas que de borrarlas, menos de combatir sus instintos que de burlarlos, no simplemente de proscribir sus ideas sino de trastocarlas, apropiándose de ellas... El poder con que yo sueño, lejos, como veis, de tener costumbres bárbaras, debe atraer a su seno todas las fuerzas y todos los talentos de la civilización en que vive. Deberá rodearse de publicistas, abogados, jurisconsultos, de hombres expertos en tareas administrativas, de genios que conozcan a fondo todos los secretos, todos los resortes de la vida social, que hablen todas las lenguas, que hayan estudiado al hombre en todos los ámbitos,... Y junto con esto, todo un mundo de economistas, banqueros, industriales, capitalistas, hombres con proyectos, hombres con millones, pues en el fondo todo se resolverá en una cuestión de cifras.”

Particularmente premonitorio es el papel que Maurice Joly asigna a la prensa en su tarea despótica, y otra vez, no a base de negar la libertad de prensa como cree horrorizado Montesquieu, sino sirviéndose de ella. Así habla el florentino en el diálogo doceavo:

“Vislumbro la posibilidad de neutralizar a la prensa por medio de la prensa misma. Puesto que el periodismo es una fuerza tan poderosa, ¿sabéis qué hará mi gobierno? Se hará periodista, será la encarnación del periodismo...”

Dividiré los periódicos leales a mi poder en tres o cuatro categorías. Pondré en la primera a un determinado número de periódicos de tendencia francamente oficialista, que, en cualquier circunstancia, defenderán a ultranza mis actos de gobierno. Me apresuro a decirlos que no serán estos los que tendrán máximo ascendiente sobre la opinión. En el segundo lugar colocaré otra falange de periódicos cuyo carácter no será sino oficioso y que tendrán la misión de ganar para mi causa a esa masa de hombres tibios e indiferentes que aceptan sin escrúpulos lo que está constituido pero cuya religión política no va más allá.

En los periódicos de las categorías siguientes es donde se apoyarán las más poderosas palancas de mi poder. En ellos, el matiz oficial u oficioso se diluye por completo, en apariencia, claro está, puesto que los periódicos a que voy a referirme estarán ligados por la misma cadena a mi gobierno, una cadena visible para algunos, invisible para otros. No pretendo decirlos cuantos serán en número pues contaré con un órgano adicto en cada opinión, en cada partido; tendré un órgano aristocrático en el partido aristocrático, un órgano republicano en el partido republicano, un órgano revolucionario en el partido revolucionario, un órgano anarquista, de ser necesario, en el partido anarquista. Como el dios Vishnú, mi prensa tendrá cien brazos y dichos brazos se darán la mano con todos los matices de la opinión, cualquiera que sea ella, sobre la superficie entera del país.

Se pertenecerá a mi partido sin saberlo. Quienes crean hablar su lengua hablarán la mía, quienes crean agitar su propio partido, agitarán el mío, quienes creyeran marchar bajo su propia bandera, estarán marchando baja la mía.”

(*) El autor del *Diálogo en el Infierno*, Maurice Joly, abogado ante los Tribunales de París, vivió una existencia difícil y oscura. Típico rebelde (se fugó de cinco colegios en su juventud), puso sus dotes brillantes al servicio de la libertad y de sus antipatías. Opositor bajo todos los regímenes, tuvo un sinnúmero de enemigos y algunos admiradores. Revelan sus escritos que conocía tan bien el arte de encumbrarse (consagró a este tema un curioso libelo) como el de gobernar (los *Diálogos* lo atestiguan). Sin embargo, empleó su saber con el solo objeto de atacar a quienes aplicaban para su beneficio personal las técnicas del éxito. Su palabra mordaz eligió sucesivamente como blanco a Napoleó III, Víctor Hugo, Gambetta, Jules Grévy, en quienes apenas hizo mella. A la postre, la única víctima de sus diatribas fue él mismo. Pobre, enfermo y acabado, el 17 de julio de 1887 se descerrajó una bala de revólver en la cabeza. Abierto sobre su escritorio hallaron un ejemplar de *Los Hambrientos*, libro que publicara dos años antes.

Nacido en Lons-le-Saunier en 1829, de padre que fuera consejero general del Jura y de madre italiana, debió, para poder terminar sus estudios, trabajar durante siete años como empleado subalterno en un ministerio, y luego de pasante en la Escuela Superior de Comercio. Inscrito en 1859 en el Colegio de Abogados, fue secretario de Jules Grévy, con quien no tardó en reñir.

Su primer libro, *Le Barreau de Paris, études politiques et littéraires*, consiste en una galería de retratos de abogados cáusticos e inclementes; el segundo, *César*, es un vigoroso ataque a Napoleó III. En 1864 publica en Bruselas, sin nombre de autor, el *Diálogo en el Infierno*. El libro fue introducido en Francia de contrabando, en varias partidas; pero como algunos de los contrabandistas pertenecían a la policía, ésta sin gran esfuerzo –unas cincuenta pesquisas simultáneas– logró incautarse de toda la edición y desenmascarar al autor. Maurice Joly fue arrestado. La instrucción del proceso le costó seis meses de prisión

preventiva. Condenado, la instancia de apelación y el recurso de casación demoraron otros dieciocho meses, durante los cuales permaneció recluido en Sainte-Pélagie. Quedó en libertad en mayo de 1867, pero sus conflictos con la justicia crearon el vacío a su alrededor. Los defensores del Imperio lo atacaban; para los republicanos, lejos de ser un mártir glorioso, constituía un estorbo. Como si deseara agravar su situación y sumirse en una soledad huraña y taciturna, en sus *Recherches sur l'art de parvenir* ataca con inusitada violencia a sus contemporáneos más ilustres. La respuesta de ese mundo que detestaba fue el silencio.

También culmina en fracaso una nueva tentativa que hace bajo el Imperio. Funda un periódico jurídico, *Le Palais*, que desaparece después del duelo que Joly sostiene con su principal colaborador, Edouard Lajarriere.

Juzga con severidad a los hombres del 4 de setiembre: en vano solicita de Jules Grévy un empleo en el Jura. El 31 de octubre de 1870 se unía a los miembros de la resistencia a ultranza –Flourens, Delescluze, Blanqui– los que invadieron el Ayuntamiento. Al parlamentar con Jules Favre, reprocha a éste sus proyectos de armisticio, conducentes a la capitulación. Un mes más tarde este “republicano del Imperio” era arrestado. Puesto en libertad provisional, fue luego absuelto por el Consejo de Guerra, el 9 de marzo de 1871.

Joly no tuvo ninguna participación en la Comuna. Actuó siempre por puro patriotismo; y en su autobiografía, que redactó durante su detención en la prefectura, se declaraba “social” y “revolucionario”, pero rechazaba “indómita y netamente, sin rodeos” el comunismo.

La República pudo proporcionar a este heterodoxo inveterado una oportunidad de desquite. En 1872 los hermanos Péreire le ofrecieron un puesto de jerarquía en su periódico *La Liberté*. Empero, algunos años más tarde, las circunstancias volvieron a convertir a Joly en el combatiente solitario de una batalla sin esperanzas. En medio de la crisis provocada por la disolución del Parlamento, en el momento en que los adversarios de MacMahon sostenían la candidatura de Jules Grévy a la presidencia, Joly hizo fijar en los muros de la ciudad proclamas donde atacaba con violencia a su antiguo empleador quien, afirmaba, le “había hecho todo el mal que un hombre puede hacer a otro sin matarlo”. La prensa oportunista lanzó rayos y centellas. *Le Temps*, Gambetta, Edmond About, Sarcey fulminaron “la abominable maniobra” de esos “insolentes falsarios”. Maurice Joly envió sus padrinos a About y Sarcey y al mismo tiempo emplazó ante el Tribunal Correccional a diez periódicos por difamación, injurias públicas y por rehusar a publicar comunicados. Él mismo presentó su defensa y desplegó su facundia contra Gambetta y sus amigos. Salvo dos, todos los periódicos que emplazara fueron condenados. Fue su postrera victoria.

Pocos meses después, Maurice Joly se declaraba vencido.